

QUADERNS

de formació

Nº 1

dossier sobre

autogestió





No soy ni comunista ni socialdemócrata, porque considero a ambas como doctrinas de centralización y burocracia y pienso que una sociedad socialista fiel a sus principios igualitarios de fraternidad humana debe descansar en la difusión más amplia posible del poder y la responsabilidad, para permitir la participación activa del mayor número posible de sus ciudadanos en las tareas del autogobierno democrático.

(G.D.H. Cole, "Historia del pensamiento socialista, tomo VII, pág. 306 Ed. F.C.E., México)

13 Tesis sobre la Autogestión (1)

I. El capitalismo, en su forma nacional o multinacional, se ha apoderado hoy día en nuestro país del conjunto de las actividades humanas y de las condiciones de la existencia cotidiana, (trabajo en cadena, televisión, ciudades, ocio, cultura, etc.). El Estado y el conjunto de poderes que se ejercen en las empresas, en el campo, en la ciudad, en la información, en la enseñanza, etc., tienen como función imponer más bien por la represión que por una pretendida participación, un modo de vida que permite una constante extensión de la producción de plus-valía. El reino universal de la mercancía afecta a todas las instituciones y a todos los valores establecidos, pone a toda la sociedad en estado de crisis permanente.

II. Frente a esta crisis, el término autogestión expresa el sentido de la solución revolucionaria global hacia la cual se orientan las luchas presentes que se extienden a todos los sectores de la vida social. Estas luchas impugnan: la organización capitalista del trabajo; el principio de autoridad y el orden jerárquico en todos los campos; la escuela que perpetúa la separación del trabajo manual e intelectual; la utilización del ejército por las clases dominantes, de la policía y de la justicia; la inserción coercitiva de la juventud en los mecanismos de reproducción del capital; la desigualdad y subordinación de la condición femenina —unidas a las estructuras retrógradas de la institución familiar y de la vida sexual—; la salvaje explotación de los trabajadores inmigrados; la opresión económica y cultural de las minorías nacionales de nuestro propio país.

Hoy día se constata que el crecimiento capitalista conduce a la irracionalidad de la vida cotidiana, a la polución, a la destrucción de los ciclos ecológicos.

(1) Critique Socialiste, n° 15, 1973.

y esto en el marco de una superexplotación y miseria cada vez mayores impuestas a los pueblos del Tercer Mundo. He aquí porqué la finalidad de este crecimiento es ampliamente combatida.

III. En la acción contra todas las formas de explotación, opresión y alienación que engendra el capitalismo actual, se constituye un nuevo bloque de fuerzas sociales, fundado no en una alianza provisional y circunstancial de clases que tienen intereses divergentes y contradictorios, sino en la aspiración común de un cambio fundamental de las estructuras, de las relaciones entre los hombres y con la naturaleza, de los modos de vida y civilización, a una completa autodeterminación de los pueblos y de las personas. En este bloque, la clase obrera, sobre la base de su situación de clase más explotada, juega un papel central, pero las otras categorías de trabajadores y todos los que, jóvenes, mujeres, etc. toman conciencia en la lucha de la necesidad de terminar de forma radical con el sistema capitalista, también tienen un papel que jugar.

IV. La revolución socialista autogestionaria encuentra su base objetiva en el hecho de que la convergencia de las fuerzas anticapitalistas puede realizarse en un período en el que se dan las condiciones materiales, científicas y técnicas sobre las que nuestra sociedad puede racionalmente organizar la producción y distribución reduciendo al mínimo los condicionamientos de la acumulación, poniendo fin a todo sistema jerárquico y autoritario.

Con los medios modernos de información y formación, el problema de las decisiones puede resolverse de manera racional por los mismos interesados a todos los niveles de la vida económica, social y política.

V. El socialismo autogestionario se fundamenta en la apropiación social de los medios de producción y en su gestión directa por los trabajadores, que determinan, en el marco de un plan elaborado democráticamente, las finalidades, condiciones y retribución de su trabajo. Sobre esta base, posibilita el poder de los trabajadores en las empresas y en las instituciones, así como a los niveles municipal, regional y nacional.

La libre información y expresión, la libertad de asociación, de propaganda y de acción sindical, política y cultural, permiten a todos los miembros de la sociedad asegurar su autodeterminación y les da la posibilidad de un desarrollo colectivo y de una expansión personal.

VI. Aunque desde su nacimiento aspiraba a este tipo de sociedad, el movimiento obrero no ha podido aún llegar a ella, tanto por la razón de ausencia de madurez de las condiciones materiales como por efecto de ilusiones en las posibilidades de conseguirlo sin destruir el sistema capitalista y su Estado, o porque las fuerzas revolucionarias, allí donde han triunfado, han instaurado Estados de burocracia dominante fundados en la dirección de la economía y del conjunto de la sociedad por un partido hegemónico, organizado según los principios del monolitismo. En estas condiciones, los trabajadores privados de las libertades esenciales, quedan igualmente frustrados de la realidad de los poderes de decisión y de gestión en la empresa y en todos los sectores de la vida social.

VII. El combate por el socialismo autogestionario, se apoya en las luchas actuales contra la opresión y la explotación, luchas que en su forma (autodirección por los trabajadores y recientemente por los bachilleres y estudiantes), y en su contenido, plantean cada vez más el problema de la transformación de las relaciones de pro-

ducción y de las relaciones sociales. Estos problemas se plantean igualmente en las acciones que se desarrollan en el campo de la escuela, en el marco de vida, de salud, habitat, transportes, en las acciones que llevan los jóvenes, las mujeres, los trabajadores inmigrados, las minorías nacionales. Pero estas luchas no pueden desembocar espontáneamente en la autogestión socialista. Tampoco pueden conducir a ella ni una política reformista ni la hegemonía de la dirección burocrática en el movimiento obrero.

VIII. La destrucción del aparato de Estado de la burguesía y de todos los poderes sobre los que ésta se apoya (empresa, educación, modo de vida, etc.) es condición indispensable para la instauración del socialismo autogestionario. Es por consiguiente un problema político que debe afrontar necesariamente el movimiento para la autogestión. Este debe elaborar y aplicar una estrategia revolucionaria adaptada a las condiciones actuales de la lucha de clases, estrategia en que la lucha por el control obrero de las empresas y los servicios y por el control popular del habitat y el marco de la vida, educación, salud, etc. pueden constituir objetivos intermedios que preparan la crisis revolucionaria. A lo largo de estas crisis, la instauración de una red de bases de autogestión puede ser el arma esencial en la batalla para abatir el poder de la burguesía.

IX. Confrontado a esta tarea histórica, el movimiento revolucionario para la autogestión no puede desarrollarse sin disponer de una dirección capaz de elaboración política y teórica susceptible de reagrupar las fuerzas sociales comprometidas o con posibilidades de comprometerse en las luchas, capaz de deducir científicamente las perspectivas generales y proponerlas para nuevas luchas.

La organización revolucionaria que asuma este papel debe rechazar los esquemas desfasados de una vanguardia que se estructura sobre la base de un programa elaborado al margen de la realidad y sobre un modelo preestablecido de organización y que se tiene por la encarnación de la clase obrera y de la conciencia revolucionaria. La conciencia y las fuerzas revolucionarias se constituyen en una relación constante entre el movimiento autónomo de las masas, las luchas reales y la organización política.

X. Entre las organizaciones políticas y las organizaciones de masas (ya sean permanentes como los sindicatos, o temporales como los comités de lucha, comités de huelga, etc.) los vínculos deben ser múltiples a todos los niveles y contribuir tanto en la base geográfica como en la de los sectores de intervención, a la elaboración de la línea política y de las decisiones.

XI. En estas estructuras, la organización debe prefigurar las relaciones sociales del socialismo de autogestión. Debe estar lo suficientemente descentralizada para permitir a los militantes la mayor autonomía en las luchas y en la capacidad de elaboración y de decisión de la base. La libre circulación de las ideas, la confrontación de puntos de vista, el reconocimiento explícito de las corrientes y su representación romperán toda posibilidad de monolitismo y de captación burocrática de la dirección. Pero la organización debe garantizar su coherencia y su capacidad de acción revolucionaria mediante una definición suficientemente clara y precisa de sus orientaciones fundamentales.

XII. En tal tipo de organización, el compromiso político, no debe ser la renuncia cómoda a tomar iniciativas y responsabilidades. Por el contrario, a cada militante se le llama a desarrollar, en la elaboración y la acción, sus capacidades

de creación, y el esfuerzo de formación necesarios. La práctica política y el lenguaje deben tender a permitirle afirmar su personalidad en la lucha colectiva para la revolución y para el socialismo autogestionario.

XIII. La creación de la organización revolucionaria para la autogestión es el objetivo común de los partidos y agrupaciones revolucionarios que rechazan el paso por una fase de dirección centralista de la economía y del Estado y que han tomado posición sin equívoco por la autogestión socialista. Pero será necesaria la reunión de docenas de miles de trabajadores y militantes de las organizaciones sindicales, sociales, culturales que serán llamadas en las asambleas de base a construir juntos el instrumento político indispensable para la coordinación y para la convergencia de sus luchas hacia la revolución socialista autogestionaria.



Del control obrero a la Autogestión (1)

La propaganda en favor del socialismo autogestionario ha encontrado en la esfera de los trabajadores sindicados y politizados un eco considerable. La que estaba implícito en esta aspiración se ha convertido de pronto en explícito. Ha aparecido una nueva brecha que se superpone a la que separaba a los reformistas de los revolucionarios, oponiendo los partidarios de la democracia obrera a los de una estructura estatal y autoritaria. ¡Las brechas no se rellenan!. Existe entre los reformistas, una corriente que se identifica con la autogestión, sin renunciar por ello al poso pacífica y gradual del capitalismo al socialismo. Se encuentran entre ellos algunos para los que la autogestión es conciliable con la propiedad privada de los medios de producción, porque confunden, generalmente de buena fé, la cogestión con la autogestión obrera y con el control de los trabajadores sobre la gestión.

Por otra parte, existen entre los revolucionarios, personas que no admiten la autogestión y la democracia "concejista" más que de palabra y que de hecho continúan aferrados a la tradición del socialismo autoritario y al papel dirigente del partido único. Muchos de ellos se han sorprendido de la favorable acogida que ha encontrado este proyecto en las líneas de la élite y de la vanguardia obrera; lo que les hace reflexionar y les inclina a tener en cuenta este nuevo aspecto de la lucha por el socialismo sin renunciar, por ello, bajo pretexto de la cohesión y la vigilancia necesarias para impedir la contrarrevolución, a la estructura autoritaria de la sociedad de transición.

Existen, finalmente, una tercera categoría de militantes de partidarios de la autogestión y de la acción revolucionaria, que repudian rotundamente toda forma de autoridad central, toda coordinación de la lucha por el poder y por la edificación del socialismo. Tienen confianza sin límites en el instinto creador de las masas populares en su aspiración revolucionaria espontánea; no ven en los partidos y sindi-

(1) Victor Fay. Critique Socialiste, Nº 13-14, 1973.

catos obreros más que obstáculos a sus aspiraciones. Ignoran, deliberadamente, las experiencias pasadas que prueban que las acciones espontáneas, si bien pueden desencadenar una revolución, deben, para vencer, encontrar una organización y una dirección capaces de encuadrar y orientar el movimiento revolucionario.

Tales son, con diversas variantes, las tres corrientes que se definen sobre la autogestión. Sin embargo, las cosas no están del todo claras. Las actitudes, muy marcadas al principio, se suavizan y matizan a medida que el proyecto autogestionario penetra poco a poco en las masas, anunciándose como una futura fuerza política. Como siempre, cuando el movimiento obrero franquea una nueva etapa, son numerosos los trabajadores que desconfían de esta "novedad", ya que ignoran el alcance real y dudan en aceptarla. Lo que sorprende no son estas reservas inevitables, sino, al contrario, la facilidad y rapidez relativas con las que este proyecto suscita el interés de diferentes categorías de trabajadores.

¿Quiénes son? Se creyó en principio que las capas superiores de los trabajadores cuyo nivel de vida es satisfactorio eran las que daban prioridad a las reivindicaciones autogestionarias. Se creyó después que los obreros especializados, debido al carácter parcelario y repetitivo de su trabajo intentaban liberarse del mismo mediante una reforma del proceso de producción. Se ha notado, finalmente, que estas aspiraciones no se limitan a los técnicos ni a los obreros especializados, sino que conciernen al conjunto del proletariado y que expresan de una manera imprecisa todavía, pero ya, imperiosa, la necesidad profunda de un cambio fundamental de las condiciones de trabajo y de existencia.

Esta popularización del proyecto autogestionario, ignorado hace apenas unos años, pone de manifiesto que los trabajadores no pueden más, en su mayoría, vivir como antes; y que una minoría de entre ellos no quiere soportar el tipo de vida que se les impone. Este sentimiento es hasta tal punto imperioso que la misma patronal se da cuenta y admite la necesidad de modificar los aspectos más intolerables del sistema de producción, en particular el trabajo en cadena.

Por supuesto, esta apertura no resulta de una propaganda más o menos acertada. Corresponde al estado actual de las tecnologías, y especialmente al desarrollo de la automatización. El obrero siente instintivamente que se le impone un esfuerzo agotador y degradante que la técnica actual podría convertir en superfluo. De donde la voluntad de dominar esta técnica, de ponerla al servicio del trabajador, en lugar de ser sometido el trabajador por ella. Esta voluntad de comprender, este rechazo de un trabajo del cual, el cómo y el porqué, se le escapa, expresan la madurez del proletariado, en tanto que futura clase dominante, que deben tomar a su cargo el proceso global de la producción en la sociedad socialista.

Es, podría decirse, ver más allá de las premisas que apenas apuntan. ¡Es cierto!. Pero el papel de un marxista consiste en desentrañar lo que pourre y deducir una estrategia que corresponda a este proceso objetivo, que permita desarrollar la conciencia de la clase del proletariado, haciendo converger las reivindicaciones inmediatas hacia un objetivo que las realiza y sobrepasa.

Este objetivo, en el estado actual del movimiento socialista, es el control obrero y popular de la producción, de la distribución y del modo de vida general. Este objetivo, en el que importa precisar los diferentes aspectos y ámbitos, ofrece la oportunidad de un paso concreto a la autogestión y permite poner fin a la confusión

que reina entre las nociones de cogestión, autogestión y control obrero. Esta confusión se debe a la existencia de zonas de transición entre estos tres modos de intervención proletaria; expresa la tendencia a la integración de ciertas reivindicaciones en el sistema capitalista, adaptado a los nuevos imperativos técnicos y sociales. No se puede, gracias a un análisis abstracto, disociar lo que en la vida está asociado. Se pueden, sin embargo, en una cierta medida, extraer bajo la confusión aparente las tendencias profundas y los intereses que expresan.

Así, toda tentativa de aplicar la autogestión en un régimen capitalista desemboca inevitablemente en la cogestión de un tipo alemán o en la "participación" de tipo francés, donde el poder real está en manos del capital y donde la representación obrera no hace más que evitar los enfrentamientos y permite asociar estrechamente a los trabajadores al funcionamiento del modo actual de producción. Esto no significa que, en ciertas condiciones, los obreros deban rehusar los puestos que se les ofrecen en los Consejos de Administración de la gestión patronal, deben utilizar su presencia para controlar esta gestión, para criticarla, para enseñarla a los trabajadores, para denunciar como un engaño la cogestión que se les ofrece. En una palabra para transformar la cogestión en control obrero.

La tarea de los partidarios del socialismo autogestionario es doble. Se trata, en primer lugar, de disipar ilusiones sobre las posibilidades de evitar una revolución realizando progresivamente la autogestión en las fábricas capitalistas, apoderándose de éstas, estableciendo allí un poder obrero de base. Por supuesto así es como se debe iniciar el proceso pero no puede mantenerse a este nivel. La dinámica de la lucha conduce inevitablemente a la conquista del poder, a la destrucción del Estado burgués, a la creación de una democracia de los Consejos o al "descalabro" de la empresa. El poder obrero o es uno o no lo es. La autogestión no es posible más que después de la conquista del poder por los trabajadores.

Se trata, en segundo lugar, de evitar el carácter abstracto de la propaganda en favor de la autogestión. No es suficiente explicar las ventajas de la autogestión como Jules Guesde, "viajante" del primer partido obrero francés, que anunciaba en todos los rincones del país, comprendida la Cámara de los Diputados, el advenimiento del socialismo. Este tipo de profetismo revolucionario está ya pasado de moda. La inmensa mayoría de los trabajadores se da cada vez más cuenta últimamente de la nocividad del capitalismo y de la necesidad de su derrocamiento. Lo que la frena a comprometerse en la lucha por el socialismo son las inquietudes que levantan los decepcionantes resultados del socialismo en Europa del Este y en China. Lo que les preocupa es a la vez ¿qué socialismo interesa realizar y sobre todo por qué vías?

Las vías que conducen al socialismo son múltiples según las condiciones concretas de cada país. Pero las condiciones esenciales son siempre las mismas. No se puede emprender la edificación del socialismo antes de la conquista del poder por los trabajadores y de la expropiación de los capitalistas, sin la transformación fundamental de las estructuras de la sociedad. La autogestión y la democracia de los trabajadores organizados en Consejos, son los objetivos posteriores a la conquista del poder. ¿Pero y antes?. ¿Cómo llegar a este estadio elevado de la lucha de clases?, ¿Cómo establecer la unión entre las reivindicaciones inmediatas que pueden ser satisfechas en el marco del régimen existente y la conquista del poder?. ¿Cuál es el medio para pasar de unas a otras?

La experiencia de la gestión estatal centralista de la URSS, ha conducido a despojar a los trabajadores de todo poder en la fábrica. Por el contrario, la

autogestión aplicada en Yugoslavia a nivel de unidades primarias, territoriales y económicas, ha permitido asegurar a los trabajadores la posesión de los medios de producción y protegerles contra las ingerencias autoritarias y a menudo arbitrarias de los burócratas centralistas. No ha permitido, sin embargo, instaurar un sistema coherente de autogestión a todos los niveles y terrenos. En efecto, los tecnócratas se han apropiado de la parte del león de la dirección y de las rentas de las empresas, y la Liga Comunista sostenida por el ejército, domina siempre los organismos autogestionarios y mantiene un doble poder de hecho, en el seno del cual se reserva siempre la última palabra.

La autogestión obrera no se ha instaurado en ninguna parte del mundo como poder único soberano, salvo en algunos raros y breves momentos. No existe ningún modelo que permita comparaciones. Sabemos, como máximo, que la autogestión implica después de la conquista del poder y la colectivización de los principales medios de producción y de cambio, la coexistencia de una democracia directa y una planificación económica global. No podemos más que esbozar el perfil de tales instituciones y dejar a los futuros acontecimientos el encargo de su elaboración concreta.

La propiedad social, condición del Socialismo (1)

Volver a poner la economía al servicio de los hombres, en lugar de mantener a los hombres al servicio de la producción es un objetivo fundamental del socialismo.

Ello implica que los elementos más importantes de la actividad nacional estén sometidos a la voluntad colectiva. Por esta razón la nacionalización de los grandes medios de producción figura en todos los programas socialistas.

Esta socialización es una condición necesaria para su realización. Pero no es una condición suficiente. Por si misma no modifica la división de trabajo ni la existencia de una jerarquía que podría originar la aparición de una nueva capa dirigente.

La única vía utilizada hasta el momento se basa en la centralización de las decisiones. Sus partidarios consideran que la propiedad social es ya la propiedad de toda la sociedad. A partir de un centro único, las diferentes unidades económicas reciben las directrices que deben seguir. Así se intenta romper la lógica de la empresa capitalista que produce con el único objetivo de obtener beneficios.

Sin embargo, la socialización real de las fuerzas productivas -dicho de otra forma, el carácter colectivo que reviste la producción en tal o cual campo- no ha sido impulsada suficientemente en ningún sitio como para conseguir que las diferentes unidades económicas puedan ser consideradas como los talleres de una misma empresa gestionada a partir de un solo centro.

No olvidamos, sin embargo, las muy especiales condiciones históricas en que se produjeron, hace más de medio siglo la revolución rusa y, hace ya veinticinco años, la revolución china. No ignoramos tampoco los resultados que han logrado esos

(1) "Pour le socialisme". Assises du socialisme, Ed. Stock, Paris 1974.

países en toda una serie de campos, resultados que hasta las potencias capitalistas han tenido que reconocer. Después de haber pretendido esas potencias durante muchos años "rechazar" los regímenes comunistas de las zonas en que se habían establecido se vieron obligados finalmente a practicar una política de coexistencia. Ahora intentan sacar provecho de este retroceso favoreciendo una cierta integración de los países comunistas en un sistema mundial dominado por el capitalismo. El modelo de consumo capitalista influye, si no en la totalidad de los países comunistas, si al menos en los países comunistas europeos. Probablemente esta evolución continuará hasta que la relación de fuerzas se invierta a escala mundial, es decir, hasta el día en que un nuevo tipo de sociedad socialista se establezca en la Europa del Oeste.

No existe ningún modelo que nos pueda indicar como podría ser este otro socialismo. Pero sin embargo es posible establecer un proyecto sobre bases sólidas y dignas de crédito.

Otro riesgo consistiría en encerrar la autogestión en el estrecho marco de la unidad económica de base: en este caso podría desarrollarse el egoísmo de empresa.

Por otra parte, las direcciones de los bancos, los organismos comerciales y las unidades de grandes dimensiones escapan a la práctica a todo control popular. El control de la base sobre las decisiones no basta para subsanar el peligro de desviaciones tecnocráticas.

En efecto, a partir de un cierto nivel el control no puede ejercerse más que en función de referencias precisas, y éstas sólo pueden ser proporcionadas por el Plan, o más exactamente por los Planes nacionales, regionales y locales. La planificación democrática, es decir, la determinación democrática (mediante el debate y el voto) de las necesidades consideradas como prioritarias, es indisoluble de la autogestión.

En consecuencia, la autogestión define un sistema social cuyas colectividades de base gozan de una gran autonomía de decisión: empresa, barrio o municipio rural, aglomeración región o también asociaciones de todo tipo, ya sean sindicatos, asociaciones de consumidores o de vecinos, deportivos o movimientos pedagógicos, etc.

Un sistema social de esta naturaleza, lejos de hacer desaparecer los conflictos inherentes a toda sociedad, apunta a permitir que se expresen espontáneamente y a solucionarlos pacíficamente gracias a una redistribución de los poderes.

Por esta razón, la autogestión sólo cobra pleno sentido si se extiende a toda la sociedad, lo cual implica la generalización de sus dos reglas básicas: decisiones tomadas al nivel más próximo posible de quienes están implicados, elección y control de los responsables por quienes les han elegido para decidir.

Esta forma de organización de la vida social es la única que puede satisfacer la necesidad de responsabilidad y de creación que el capitalismo frena tan poderosamente.

Las estructuras constitucionales y jurídicas que definirán los poderes políticos y económicos de la sociedad socialista autogestionaria variarán según el nivel (local, regional, nacional) y la naturaleza del ámbito de que se trate (producción, colectividades públicas territoriales, vida asociativa y servicios sociales). Durante un primer periodo el estatuto de la empresa autogestionada tendrá un carácter experimental. En todo caso rechazará la aportación de capital y el contrato de arrendamiento de servicios, para orientarse hacia fórmulas en las que la aportación de trabajo dará derecho a una parte de los frutos de este trabajo y a la participación en la adopción de las decisiones esenciales: naturaleza de la actividad productiva y tabla de repartición de los resultados (en el marco de los objetivos planificados), modos de designación de la dirección, de la extensión de sus poderes y de los controles a los cuales está sometida.

Es necesario repetirlo: la autogestión sólo es compatible con una sociedad muy igualitaria. Por tanto, el largo periodo de su puesta en marcha exige una lucha constante para disminuir las desigualdades heredadas del capitalismo.

Finalmente, el socialismo autogestionario pretende desarrollar y reproducir las posibilidades de innovación. En el sistema actual el imperativo del beneficio congela las innovaciones de utilidad social indiscutible. Al contrario, favorece el desarrollo de productos cuya utilidad social es casi nula. La facultad de innovar está circunscrita al estrecho círculo de quienes piensan y dirigen. El socialismo autogestionario liberará, en todas las esferas de la vida social, inmensas posibilidades de creación hoy esterilizadas. Es necesario ligar esta actividad creadora a los nuevos procedimientos de expresión de las necesidades, ligadas, a su vez, a la representación de las colectividades de base en la elaboración de la planificación.

La Autogestión, clave de bóveda del Socialismo democrático

El socialismo autogestionario hacia el cual se orienta hoy el movimiento socialista francés se apoyará en diferentes formas de propiedad colectiva (Estado, región, municipio, asociaciones diversas, etc.) y en poderes los más descentralizados posible. Estas formas de propiedad tenderán a coincidir con la socialización real de las fuerzas productivas. En todos los lugares donde se realice el proceso, y por tanto en primer lugar, en todas las empresas que constituyen los polos de dominación económica, deberá realizarse una elección de los organismos de administración y de gestión por los trabajadores interesados.

Sin lugar a dudas pueden preverse diversas adaptaciones (asociaciones de los usuarios o mantenimiento de un papel decisivo del Estado) en función de la naturaleza de la producción o de los servicios. La regla general consistirá, evidentemente, en la extensión progresiva del principio democrático al conjunto de las actividades económicas y sociales.

Pero la elección, es decir, la delegación del poder no resuelve todos los problemas. La relación mandante-mandatario tiende, en cierto modo, a reconstituir la relación dirigente-dirigido. Para que esta situación pueda modificarse es necesario que los mandantes tengan la posibilidad de controlar a los mandatarios. Este objetivo de control ya se manifiesta en luchas actuales, pero no puede alcanzarse realmente en la sociedad capitalista. Puesto que todo control es precario, es decir, efímero, si la fuente de poder no le pertenece.

En el sistema actual el poder pertenece a los accionistas, o más exactamente a los grupos financieros y a los directores que manipulan sus juntas generales. En el socialismo de Estado, la fuente de poder es la designación por los órganos del Estado central. En el socialismo autogestionario será la elección de los responsables por los trabajadores, con la preocupación de un control permanente del elegido.

La planificación, instrumento de la voluntad colectiva

Aplicada a circunstancias históricas de guerra y penuria, la planificación se ha convertido a menudo en una burocratización de la economía, fuente de despilfarro e ineficacia; acaparada acto seguido por los tecnócratas del neocapitalismo, la planificación ha sido reducida a un amplio estudio de mercado. Ninguna de estas concepciones ilustra los que podría ser el Plan como instrumento de desarrollo socialista en un país económicamente avanzado.

El Plan debe expresar, primeramente una voluntad política: es un medio de elegir una sociedad, un tipo de crecimiento querido y no sufrido. En este sentido, no se puede separar el contenido de los métodos de elaboración. El Plan no puede ser la expresión de una voluntad política si no es elaborado democráticamente. Porque no hay un interés general abstracto. Es en el proceso democrático de confrontación entre los diferentes niveles y colectividades implicados dónde se define el interés común, donde se resuelven los conflictos y se protegen los derechos de las minorías. De ahí que la planificación democrática suponga una sociedad descentralizada, viva, fundada sobre unidades de colectividades autogestionadas: expresa un proceso de confrontación permanente. Un Plan nacional no podría, en esta lógica, ser concebido aisladamente. Si su significación esencial consiste en expresar claramente las grandes orientaciones de la voluntad colectiva en lo que hace referencia a la transformación de la sociedad, sólo adquiere pleno sentido si es también, un elemento de regulación y de elección insertado en un entramado de planes o de programas descentralizados al nivel de las regiones y de los sectores industriales.

La planificación Instrumento de la voluntad colectiva

Introducción

El presente estudio tiene como finalidad analizar el papel de la planificación económica en el desarrollo de un país. Se trata de un instrumento que permite organizar los recursos disponibles y orientarlos hacia los sectores más prioritarios de la economía. Este tipo de planificación es especialmente relevante en aquellos países que están experimentando un proceso de industrialización y modernización económica.

En primer lugar, es necesario definir qué se entiende por planificación económica. Se trata de un proceso de toma de decisiones que implica la asignación de recursos escasos entre diferentes usos alternativos. Este proceso puede ser realizado por el Estado o por organismos descentralizados. La planificación económica puede ser centralizada o descentralizada, dependiendo de la estructura del sistema de toma de decisiones.

El objetivo principal de la planificación económica es lograr el desarrollo sostenible del país. Esto implica mejorar el nivel de vida de la población, promover el crecimiento económico y garantizar la equidad social. La planificación económica puede contribuir a estos objetivos al permitir una asignación más eficiente de los recursos y al orientar el desarrollo hacia sectores estratégicos.

EL SOCIALISMO DIFÍCIL

André Gorz

LA SOCIEDAD INDUSTRIAL CONTEMPORÁNEA

Ed. Siglo XXI México, 1.969

El socialismo se ha presentado hasta ahora como la vía más corta hacia el desarrollo, incluso como la única vía posible, tomada en cuenta la ausencia de una burguesía nacional *autónoma*; tomados en cuenta, sobre todo, los obstáculos que el imperialismo pone a un desarrollo económico equilibrado. En ningún país la revolución socialista se ha realizado como la apropiación de la colectividad de un potencial productivo ya desarrollado y, por tanto, como la subordinación de las necesidades económicas a las exigencias de liberación humana, colectiva e individual, como la construcción de una democracia auténtica fundada en el poder de los productores de regular, en función de sus necesidades, su producción y sus intercambios.

El socialismo se ha presentado hasta ahora como un método de acumulación cuya eficacia y superioridad residen en la dirección global de la economía. Por eso la construcción de las bases del socialismo ha ido acompañada necesariamente de una degradación de la democracia directa, del poder popular, tal como habían existido durante la conquista revolucionaria del poder. Durante esta fase de conquista, en efecto, la naturaleza intolerable de la condición de cada uno y de todos pudo permitir la unificación de las clases trabajadoras en una comunidad de lucha. Es sólo por medio de todos que cada uno puede suprimir las condiciones dadas, de manera que cada cual exija del otro esta forma de unión que es la agrupación activa y que cada cual se encuentra, en la unidad del grupo de combate, en una relación de reciprocidad mediata con todos.

En el momento de la unión revolucionaria para la conquista del poder, se da pues la coincidencia de la libertad individual con la libertad colectiva, soberanía del individuo en tanto que éste existe *para* el grupo y *por* el grupo, con vistas a un *fin común* que es homogéneo a su fin individual. Esta coincidencia, de cualquier manera, no puede sobrevivir a la toma del poder, al menos mientras que la escasez no sea vencida. No puede sobrevivir porque la tarea primera de la revolución victoriosa sería de diversificar las comunidades de productores con el fin de diversificar las tareas por realizar.

La naturaleza de estas tareas, en el nivel actual del desarrollo de las fuerzas productivas, impide su permutabilidad: deben constituirse subgrupos especializados según una división horizontal y vertical de las tareas. Al principio, el poder de cada subgrupo puede fundarse en la democracia en la base, según el modelo de los soviets de fábrica o de las cooperativas de autoadministración. Pero muy rápidamente se plantea el problema de la coordinación de las actividades de esos grupos locales. Esta coordinación *podría* realizarse democráticamente si la actividad de los grupos de base pudiera tener como criterio principal la optimización de las condiciones *locales*. Pero *éste* no es precisamente el caso en las condiciones del subdesarrollo y de la escasez, en donde la actividad de los productores locales debe tener como fin principal la producción de un *excedente* destinado a la inversión; y la decisión de invertir debe darse en función de una *estrategia* del desarrollo a largo plazo, cuyas necesidades no son siempre inteligibles para el grupo de base local y se encuentran en contradicción con sus necesidades inmediatas.

Del mismo modo, la democracia de los soviets o de las cooperativas de autoadministración debe subordinarse necesariamente a un grupo especializado en la coordinación y planificación de la economía global, es decir, a un grupo soberano central, al Estado, que desprovee a la soberanía de los grupos de base cuando menos de una parte de su sustancia y que encarna una Verdad y una Unidad de su praxis que les resulta extraña.

Este esquema —que Sartre ha desarrollado largamente en la *Crítica de la razón dialéctica*— es común a todas las revoluciones socialistas en un país poco desarrollado, entre ellas la revolución yugoslava, incluso *después* de 1950. En mi opinión, no debemos hacernos ilusiones sobre la posibilidad de proteger la soberanía y la democracia de los productores agrupados en la fase de construcción de las bases del socialismo. Debemos reconocer, por el contrario, la necesidad dialéctica de una parte de centralización estatal; y sólo reconociendo esta necesidad podremos, desde un principio, establecer protecciones institucionales que limiten y controlen el proceso de centralización y que prevengan a la revolución contra el burocratismo, el terror y el despotismo.

El socialismo de la escasez, el socialismo de la acumulación, si llega a abolir la explotación, no puede pretender poner fin a la enajenación. *No puede* porque las relaciones de producción no pueden tener, en esta fase, plena transparencia, para los productores y porque todo el proceso de producción es dominado por las leyes de la economía política, ciencia de la distribución racional de recursos escasos. Ahora bien, la lógica económica es evidentemente

contraria a la finalidad del comunismo: es materialmente imposible, en las condiciones de Yugoslavia, de la URSS, de Cuba o de China, subordinar la producción a las necesidades tal como se sienten o se manifestarían si fueran alentadas a determinarse libremente. Por el contrario, desde el período leninista, el hombre socialista ha sido definido por —y estimulado a— *la subordinación de las necesidades a la producción*: la satisfacción de las necesidades ha sido asimilada a la simple reproducción de la fuerza de trabajo y ésta ha sido llamada a reproducirse al menor costo posible.

La sociedad de acumulación socialista ha reproducido así el divorcio entre el individuo concreto y el individuo social, entre el interés individual y el interés general. Pero ha tratado de *interiorizar* ese divorcio instando al individuo a reprimir *él mismo*, por el interés general, sus necesidades individuales.

En la sociedad capitalista, por el contrario, la necesidad individual y la exigencia de la acumulación están *separadas* y pueden manifestarse en la forma de antagonismos de clase. En efecto, la función de la acumulación y la función de la producción están por lo general desligadas: la acumulación es asegurada por el capitalista individual o colectivo, la producción por la clase de los obreros y empleados y por el campesinado. La contradicción entre la lógica de la acumulación —que es producir para producir más, trabajar para la maximización de la utilidad— y la exigencia de la necesidad —que es trabajar para producir un mundo y una vida humanos—, esta contradicción *puede* actuar más o menos libremente en el sistema capitalista: puede, *si y cuando* la clase obrera ha conquistado los derechos sindicales y políticos, lo que está lejos de ser el caso en todas partes. Cuando ha conquistado esos derechos, es posible que impugne las exigencias inertes del capital en nombre de las exigencias vivas de los hombres que le están sometidos. Y es posible que a partir de esta impugnación la clase obrera defina el proyecto de una sociedad radicalmente diferente, que subordine la producción a las necesidades —a necesidades cuya naturaleza y jerarquía serán determinadas por una reflexión tanto más rica cuanto más grande sea el grado de formación y de consciencia. Únicamente en este trabajo de impugnación, de reflexión y de lucha puede surgir un proyecto, un modelo de democracia socialista y de hombre socialista.

Ahora bien, es evidente que todo este trabajo de impugnación y de reflexión se encontraba necesariamente reprimido en la URSS. En las condiciones de penuria, de peligros exteriores permanentes, de formación insuficiente y hasta nula de una mano de obra arrancada a la agricultura,

no podía tratarse ni de subordinar la *manera de producir* a la exigencia de desarrollo de las facultades humanas en el trabajo, ni de subordinar la *naturaleza de la producción* a las necesidades de los individuos. En otras palabras, el momento de la impugnación positiva que en el régimen capitalista encarna en el sindicato y el partido obrero, ese momento no podía encontrar encarnación en el socialismo de la escasez y de la acumulación.

Por el contrario, la lógica y la tarea de la acumulación debían ser asumidas por los dirigentes obreros mismos y hemos visto así a estos dirigentes, en todos los niveles, reinventar una *ética productivista* que se parecía en ciertos aspectos a la *ética de la burguesía puritana* de la época heroica del capitalismo. A saber, una ética de renunciamiento, de la frugalidad, de austeridad, de severidad en el trabajo, de autodisciplina, y también de rigorismo moral, de puritanismo, de decencia y represión sexual.

Una ética según la cual el hombre no estaba en tierra para gozar y cultivar sus sentidos, sino para superarse en la dedicación al trabajo, entendiéndose que recuperaría en el más allá de la sociedad futura lo que sacrificaba aquí y ahora.

Es a partir de las condiciones históricas de la acumulación socialista y de la *ética productivista* que han determinado, que hay que explicar ciertos retrasos de la sociedad socialista de hoy, retrasos tanto más paradójicos en apariencia cuanto que van en contra de los fines del comunismo. El retraso, por ejemplo, de la arquitectura y del urbanismo socialistas, que se preocuparon muy poco en el pasado por crear un medio de vida urbano en el que los individuos pudieran habitar y moverse sin dificultad. La investigación en arquitectura y urbanismo apenas acaba de empezar. Lo mismo ocurre con la investigación artística, pedagógica, psicológica, incluso muchos campos de la investigación científica fundamental. Y sucede también igual con la investigación, esencial en una perspectiva comunista, sobre la adaptación al hombre de las condiciones, del medio y las técnicas de producción; sobre la optimización del modelo de división del trabajo y del modelo de consumo.

En suma, un poco como la burguesía puritana del siglo pasado, el socialismo de la acumulación relegó deliberadamente al segundo plano y censuró, en el sentido freudiano, las necesidades que no eran directamente productivas, es decir, aquellas cuya satisfacción no era necesaria para la reproducción o el incremento de la fuerza de trabajo. El arte de vivir, la creación cultural, las normas y los gustos artísticos han sido marcados, pues, por cierto estancamiento en el nivel de antes de la revolución, por lo menos en la URSS. Salvo en los países balcánicos, el socialismo de la acumulación ha producido un paisaje industrial cuya característica principal es la mediocridad utilitaria.

Esta elección de austeridad generalizada, pero también de elevación generalizada del nivel de vida y del nivel de instrucción, constituye una política de desarrollo perfectamente racional y eficaz, pero sólo hasta cierto punto. Ahora bien, el punto en que esta política deja de ser eficaz ha sido alcanzado actualmente en la mayoría de los países socialistas de Europa, y sus inconvenientes se reflejan claramente y de manera retroactiva en varios terrenos.

2. LA DEMOCRATIZACIÓN NECESARIA

El campo por el cual comenzaré es el del consumo, más exactamente, del modelo de consumo. La ética socialista ha planteado durante tanto tiempo como principio que el hombre consume para trabajar, que ha sido tomada por sorpresa cuando el desarrollo de las fuerzas productivas ha permitido la producción y el consumo de lo "superfluo". Ya se ha escrito mucho sobre el hecho de que la crisis del sistema de planificación central se ha debido, entre otras razones, a la imposibilidad de *distribuir* lo superfluo. En efecto, tan simple era, en casos de escasez general, distribuir productos *necesarios* y *escasos*, como difícil resulta distribuir centralmente productos *abundantes* o *superfluos*: por el hecho de que se ha salido del dominio de la necesidad vital, los deseos de consumo y por tanto las decisiones de compra, se vuelven imprevisibles. Y ha sucedido entonces que la planificación central ha tropezado con la sobreproducción y la mala venta de productos que —tales como lavadoras, aparatos de radio, ropa, etc.— no correspondían ni a las necesidades ni a los gustos de los individuos.

Lo que ha sido mucho menos comentado hasta ahora es que la crisis de la planificación centralizada era también, y sobre todo, una crisis de los *criterios* en virtud de los cuales se decidía producir tales tipos, tales cantidades y calidades de cosas no indispensables. En principio, efectivamente, esta decisión depende, en una economía socialista, de la libre elección de los productores asociados. Y habría podido esperarse, teóricamente, que esta elección fuera guiada por una concepción de conjunto de la civilización socialista por constituirse, por la preocupación de enriquecer progresivamente las necesidades y, por tanto, el contenido de la vida asociada, por la preocupación de cubrir esas necesidades, en una medida creciente, mediante servicios y consumos sociales gratuitos más bien que individuales y de pago —en resumen, por una escala coherente de las prioridades.

De hecho no ha sido así. Porque en realidad las decisiones de producción no habían correspondido jamás a los productores asociados. En el período de escasez general y de acumulación intensiva no podía ser el caso de permi-

tir la libre expresión de las necesidades de las colectividades obreras. Por el contrario, debido a la imposibilidad material, radical, de satisfacer esas necesidades, convenía que los productores hicieran abstracción de ellas y, en la medida en que fueran buenos militantes, reprimieran en sí mismos y en los demás las necesidades experimentadas como debilidades vergonzosas, como el Mal que, en cada individuo, impide la entrega sin restricción al interés general, al Bien, encarnado por las exigencias del Plan del Estado.

Este divorcio prácticamente inevitable entre el interés general (el de la acumulación y el Plan) y las necesidades experimentadas, individuales y colectivas, impedía necesariamente toda reflexión *concreta* sobre lo que podía ser el modelo de civilización y de vida de la sociedad socialista futura. La planificación no podía ser "la expresión democrática" de las necesidades concretas, sus prioridades no podían ser democráticamente determinadas. Indudablemente, la construcción de las bases del socialismo se daba como fin la satisfacción futura de las necesidades sociales. Pero ese futuro estaba separado del presente por mediaciones tan complejas y tan numerosas, por una *duración* tan espesa que, en un primer tiempo, convenía reprimir la conciencia y la expresión de las necesidades. Planificación autoritaria y centralización burocrática de las decisiones eran las consecuencias difícilmente evitables de esta situación.¹

¹ Sostengo que el autoritarismo y la burocracia no pueden ser enteramente evitados durante el período de construcción de las bases del socialismo en la escasez. Sólo es posible, cuando ciertas condiciones históricas se cumplen, atenuar y corregir las tendencias al burocratismo y a la centralización. Estas condiciones son especialmente: 1) un alto grado de formación profesional y política de la clase obrera; 2) nóminas administrativas y técnicas numerosas y competentes; 3) una categoría de intelectuales numerosos, ligados a la clase obrera a través de sus organizaciones políticas. Cuanto menos se reúnen estas condiciones, la escasez y la débil competencia de los cuadros administrativos políticamente seguros conducen más a la centralización, al burocratismo y al autoritarismo. La discusión y la libre confrontación, en cualquier nivel, son tanto menos toleradas por los dirigentes cuanto que estos están peor preparados a causa de su formación teórica y práctica, para hacerles frente, y porque se sienten, objetiva y subjetivamente, insustituibles. La escasez y la insuficiencia de las competencias multiplican los riesgos de error y de arbitrariedad; los errores y la arbitrariedad conducen a su vez a un recrudecimiento del autoritarismo burocrático ya que se trata de impedir que se impugne a la autoridad de los dirigentes insustituibles, que son los responsables. Toda denuncia de los males del burocratismo que ignore el problema de la escasez de hombres formados y competentes no deja de ser, necesariamente, abstracta.

La reflexión teórica sobre la naturaleza y la jerarquía de las necesidades sociales que el socialismo debía satisfacer, se convertía de pronto en un ejercicio completamente académico. Esas necesidades no podían ser percibidas ni especificadas en su realidad viva; el esbozo de modelos de consumo y de vida no podía someterse a la comprobación del debate democrático en las asambleas de productores y las asambleas de base del Partido. Lo mismo que el Plan, en el período de acumulación forzosa, era necesariamente una construcción burocrática desde arriba, al igual que la reflexión sobre el modelo de civilización era una construcción ideológica desde arriba. El Partido podía inútilmente enunciar ideas generales sobre el modelo de vida proletario, opuesto al de las sociedades burguesas; podía insistir en la prioridad del consumo y de las necesidades colectivas en relación con los privados. Estas ideas no podían arraigarse a la experiencia de la masa. Porque, por una parte, estaban fuertemente contaminadas por la propaganda productivista; por otra, eran recibidas con sospecha bien comprensible: en una situación donde productos esenciales —desde las papas hasta las agujas y el hilo de coser— son escasos o de mala calidad, el elogio de las prioridades colectivas parece inevitablemente una ideología de justificación de los fracasados de la planificación central, de las escaseces que envenenan la vida cotidiana.

La investigación concreta sobre la orientación a largo plazo de la civilización socialista suponía, pues, dos condiciones previas: 1) un relajamiento en la vida cotidiana, gracias a la multiplicación de los productos de uso corriente; 2) una democratización interna del régimen: la libertad de investigación, el libre debate colectivo sobre las prioridades y el modelo de vida y de trabajo. Y este libre debate, a su vez, no puede ser fecundo sino cuando está orientado por una vanguardia. El Partido no puede asumir la función de vanguardia más que cuando deja de confundirse con la administración y el Estado.

La multiplicación de los productos vitales y de uso corriente era, pues, la primera condición de la que iba a depender el relajamiento interior y la democratización de las relaciones sociales. Para realizar esta condición primera, para elevar el nivel de vida, no hacían falta reformas a la planificación central en un primer momento. Las necesidades insatisfechas eran tan universales que el aparato administrativo no corría el peligro de equivocarse, al proceder de una manera completamente pragmática, cualesquiera que fueran las prioridades de consumo que retuviese. Pero en un plazo más largo, no resulta indiferente que la sociedad socialista salga del período de escasez aguda multiplicando los bienes de uso corriente de manera totalmente pragma-

tica, o que prefigure ya, por su escala de prioridades, un modelo de civilización cualitativamente diferente del modelo capitalista, una concepción general de la "verdadera riqueza", es decir, de las posibilidades humanas que la producción de lo superfluo está llamada a desarrollar.

En efecto, el socialismo debía dejar de ser el reino de la escasez, de la austeridad, de la opacidad; sí, debería satisfacer las necesidades individuales y cotidianas para que el acento puesto en las necesidades culturales y colectivas, y su satisfacción colectiva, no pareciera un álibi. Pero a medida que avanzaba en este sentido, había que demostrar también que el modelo de consumo socialista sería no una imitación tardía, sino una innovación cualitativamente superior al modelo capitalista.

Es esta demostración la que ha faltado hasta ahora. Todo ha pasado como si las decisiones de producción y de consumo, aun en sus implicaciones a largo plazo, fueran sobre todo imitaciones del modelo capitalista. Se ha dado prioridad a equipos individuales popularizados por el capitalismo llamado opulento: era normal tratándose de bicicletas, motocicletas, aparatos telefónicos, conservas; lo era menos cuando se trataba de aparatos fotográficos, de refrigeradores y lavadoras individuales, puesto que la escasez y la exigüidad de los alojamientos planteaba problemas dramáticos a los ciudadanos y que la creación o el mejoramiento de los servicios colectivos —transportes en común, tiendas, guarderías infantiles, cantinas o servicios de restauración en cada edificio, lavanderías que entreguen la ropa a domicilio, a precios muy bajos y liberen a la mujer de las pesadas cargas domésticas— habrían sido más ventajosos desde todos los puntos de vista.

La clave de la emancipación de los trabajadores, la clave de una democracia industrial y socialista, la condición primera del poder de los trabajadores en los centros de producción y en la sociedad es, pues, la abolición de técnicas de producción y de organización del trabajo que son tan deshumanizantes hoy como hace cien años. Mientras esas técnicas no sean abolidas por la investigación científica y técnica, la autodeterminación del obrero en su trabajo, en sus necesidades, en su consumo, en sus relaciones sociales, tropezará con obstáculos difícilmente superables. Decir esto es no enunciar una novedad sino una evidencia que ya había percibido Marx en el siglo pasado: el comunismo no es la igualdad en el trabajo, en el consumo, en la cultura; el comunismo es la emancipación del trabajador por la abolición del trabajo obrero mismo. Y esta abolición supone evidentemente un desarrollo de las fuerzas productivas que no se ha realizado hasta ahora.

4. LA AUTOGESTIÓN NO ES UNA PANACEA

La experiencia reciente de los países socialistas parece indicar, sin embargo, que ese desarrollo difícilmente puede tener lugar sin el restablecimiento de tensiones dialécticas en todos los niveles del proceso social de producción, empezando por las empresas industriales mismas. Ésta es una de las implicaciones de las reformas económicas que se están aplicando o elaborando en la mayoría de los países socialistas de Europa.

Estas reformas parten del hecho de que es imposible optimizar —y aun elevar rápidamente— el nivel de productividad de las empresas si el proceso de producción sigue siendo guiado por un conjunto de imperativos y de normas, técnicas y económicas, impuestas desde arriba a las empresas. La planificación central de cada empresa de la inversión, los aprovisionamientos, la variedad de productos, la amortización, la innovación técnica, etc., esteriliza el potencial de búsqueda creadora de las colectividades de productores, impide mejoramientos cualitativos de los productos y de las técnicas de producción, mediante la prescripción de normas puramente cuantitativas. Cierta autonomía de gestión, que tiende especialmente a hacer economizar la fuerza de trabajo (los progresos de productividad, en una perspectiva socialista, no son otra cosa) se ha hecho necesaria en los países socialistas desarrollados. Aunque la autonomía actualmente preconizada sea la de los directores y toda alusión a la gestión obrera sea cuidadosamente evitada en los países del campo socialista, ésta puede ser considerada no obstante como el sentido a largo plazo de las reformas en curso si han de llevar todos sus frutos y preparar el paso al comunismo.

No se trata sin embargo, de concluir, de esto, que la planificación centralizada ha sido un error desde el principio, ni que la autogestión obrera, si hubiera sido introducida desde un principio, hubiera permitido un proceso de desarrollo más rápido y menos costoso.

La autogestión no presenta ventajas inimpugnables más que cuando los criterios y las exigencias del crecimiento *cuantitativo* deben ceder ante criterios y exigencias *cualitativos*. Mientras que no sea el caso, mientras que la escasez sea aguda, la autogestión puede no ser más democrática, *en la realidad*, que la planificación centralizada; y no es seguro que permita entonces, en la práctica, que funcione la dialéctica entre el orden de la necesidad humana y el orden de la necesidad técnico-económica.

En efecto, a falta de la posibilidad de satisfacer las necesidades más urgentes, la autogestión obrera de las empresas tiene necesariamente una existencia más formal que real. Sus fracasos parciales en Yugoslavia, en el pasado, no son atribuibles en principio —como podrían hacerlo creer las declaraciones de dirigentes yugoslavos— al exceso de las intromisiones burocráticas y de las directivas centrales, ni a la prioridad dada a la política sobre lo económico. Son atribuibles más bien al hecho de que los criterios macroeconómicos de la necesaria planificación central del proceso de desarrollo *no pueden* coincidir con los criterios microeconómicos de la gestión de las empresas. Elevar un país subdesarrollado al nivel de una economía industrial moderna supone una voluntad e intervenciones políticas en la economía; inversiones "políticas", no rentables durante un período bastante largo, en la infraestructura, los servicios y las industrias de base; en suma, decisiones centralizadas, nacionales y regionales. Los errores a veces muy costosos, cometidos por los organismos centrales son una cosa; la necesidad de esos organismos y de sus decisiones es otra.⁷

Además, mientras siga siendo necesaria una dirección centralizada y política del desarrollo, con todo lo que esto supone de hecho en subvenciones, costos y productividades desiguales en una misma rama de producción, en un momento dado la autogestión de las empresas permanece necesariamente limitada en su naturaleza y en sus efectos.

⁷ Las decisiones erróneas del Plan central se remontan sobre todo al período anterior a 1957. Por ejemplo: la construcción, cerca de Belgrado hacia 1948, de una inmensa fábrica de maquinarias que jamás funcionó a más del 40 por ciento de su capacidad. Después fue sobre todo la descentralización la que ha sido fuente de errores. Por ejemplo: la construcción por comunas o distritos de numerosas fábricas pequeñas o medianas, de un bajo nivel técnico, con la preocupación de resorber la desocupación latente y de no permanecer en atraso en relación con otras regiones, pero sin preocupación por el costo y los mercados de las producciones locales. Estas fábricas pequeñas o medianas de baja productividad han podido desempeñar un papel notable en la formación y la educación de la clase obrera. Pero la autogestión no podía funcionar bien en esas empresas con frecuencia deficitarias y que competían en un mercado demasiado estrecho. Su crisis, que fue la de la autogestión, a partir de 1960, no era atribuible a las intromisiones burocráticas de los poderes centrales, sino, por el contrario, a las insuficiencias de una planificación central que, al precio de un considerable despilfarro de recursos, había dejado de desarrollarse por iniciativas locales mal coordinadas entre sí. La intervención política de los organismos centrales consistió con más frecuencia en conceder las subvenciones reclamadas

cas", financiadas por el impuesto que pagaban las empresas prósperas, fueron denunciadas principalmente por éstas.

Sus principales ventajas son entonces más político-ideológicas que económicas: 1] la autogestión tiende a formar nóminas obreras, administrativas y técnicas; 2] tiende a reducir (sin eliminarlo) el peligro de rigideces burocráticas y jerárquicas; 3] tiende a dar a los obreros una visión de conjunto de la empresa y de la rama de producción y un poder sobre la orientación de la producción; 4] hace a los obreros jueces y responsables de la oportunidad de reinvertir o de consumir una parte del excedente (utilidad)⁸ y estimula la innovación tecnológica, las inversiones de productividad.

De cualquier manera, en las condiciones de escasez y de bajo nivel técnico que son todavía las de Yugoslavia, la autogestión no basta para fomentar una reflexión y una investigación concretas sobre la división óptima, técnica y social, del trabajo; sobre la realidad de las necesidades, su jerarquía, y por tanto sobre el modelo de consumo y de civilización. El imperativo cuantitativo sigue siendo notablemente dominante. En estas circunstancias, la colectividad obrera, responsable de la gestión, debe tomar a su cargo, inevitablemente, las necesidades frustrantes de la acumulación. Por la autogestión, los obreros se ven obligados a convencerse de que sus necesidades no pueden ser satisfechas; se ven llevados a subordinar, por su propia iniciativa, sus necesidades a las exigencias de la producción, a imponerse a sí mismos una disciplina que, en el sistema capitalista y, en menor medida, en el soviético, les es impuesta por la jerarquía industrial o política. En suma, se ven obligados a comprobar que su emancipación real será imposible por mucho tiempo todavía, y a asumir con todas sus consecuencias esta imposibilidad.

Entonces, una de dos: o bien aceptan esta imposibilidad y se convierten en autogestionarios activos y pasablemente tecnocráticos, o bien la rechazan, lo que es evidentemente el caso del mayor número, tienden a desinteresarse por una gestión incapaz de resolver sus problemas concretos, se repliegan sobre sí mismos y tratan de evadirse de las imposiciones de la producción social hacia la esfera del consumo y del trabajo privados.⁹ El sistema yugoslavo, como el soviético, no desarta pues el peligro de fisura entre los

por razones políticas por las comunas para sus iniciativas dudosas, que en limitarlas. Estas fábricas y subvenciones "políti-

⁸ Hasta hace poco (1965), esta ventaja ha sido demasiado reducida para dar en Yugoslavia una importancia real a las opciones de los consejos obreros.

activistas y la masa, entre la actitud productivista de los primeros y la tendencia al repliegue individual de los segundos.

A pesar de sus ventajas indudables y de sus promesas para el futuro, la autogestión no será pues una panacea mientras subsistan la escasez y las desigualdades de desarrollo. Si le resulta más fácil detectar los errores o las insuficiencias de la planificación, reducir progresivamente la esfera de intervención del Estado en beneficio de un poder creciente de los productores asociados —lo que es su fin y su mayor mérito— el sistema yugoslavo admite, por otra parte, el peligro de que las colectividades obreras de las empresas y las regiones más avanzadas se rebelen contra las cargas y los límites que impone a su gestión autónoma la existencia de regiones poco desarrolladas y de un fisco que los perjudica en beneficio de éstas; que se rebelen en nombre de una aspiración a la autonomía que la autogestión legítima, *pero que puede encubrir móviles menos nobles*, como el egoísmo de empresa, incluso la ambición hegemónica o "imperialista" de empresas de alto nivel técnico en relación con empresas y regiones menos avanzadas. Éstos son peligros inevitables mientras las necesidades de los productores no puedan ser satisfechas y mientras sus necesidades de consumo insatisfechas sean exacerbadas por las imposiciones de la vida de trabajo.

La autogestión de las empresas no reconcilia pues automáticamente al productor y al consumidor, al individuo social y al individuo privado. No impide que los trabajadores, individual o colectivamente, se consideren a sí mismos como instrumentos de la producción. Al mismo tiempo que favorece los progresos de la productividad "interesando materialmente" a las colectividades obreras, no garantiza automáticamente que la innovación técnica, la división técnica del trabajo, se den como fin a la vez el máximo de eficacia y el óptimo en materia de condiciones de trabajo. Porque bajo la presión de las necesidades insatisfechas, y a falta de una formación y de una reflexión político-ideológicas constantes, la busca del rendimiento máximo puede tener tendencia a prevalecer en los consejos obreros y los comités de gestión, con la bendición de las autoridades superiores, por la simple razón de que el

* La mayoría de los trabajadores yugoslavos tienen, además de su empleo "oficial", un empleo "privado", cuya remuneración, libremente discutida, es con frecuencia más elevada que las tasas de salarios oficiales. Al lado de la producción socializada existe pues un "sector privado" y un mercado libre del trabajo, cuyo producto escapa al conocimiento y a la organización social y del que obtienen el grueso de sus ingresos algunas categorías profesionales.

rendimiento máximo asegura a los productores locales el máximo de ganancia individual. En ese caso, el círculo vicioso continúa: la empresa es el purgatorio cotidiano por el cual hay que pasar para procurarse fuera del trabajo el máximo de bienes de consumo y de diversiones individuales. El divorcio entre el productor y el consumidor es reproducido por los productores (teóricamente soberanos) mismos, en un principio porque la necesidad de consumir prevalece sobre cualquier otra, después porque la búsqueda del rendimiento y de la ganancia máxima han hecho de la vida y del medio de trabajo ese universo opresivo que agudiza la necesidad de evasión e incita a buscar la "liberación" en el ocio únicamente.

5. SINDICATO, PARTIDO, ESTADO

El único medio de evitar esta desviación, de construir una civilización fundada en la liberación del trabajador, donde el individuo social sea soberano en su consumo y sus relaciones sociales porque es soberano en su trabajo productivo y sus relaciones de trabajo, es reconocer la contradicción original entre las necesidades al nivel del trabajo y al nivel del consumo. A pesar de la abolición de la explotación, esta contradicción subsiste en la sociedad socialista en la medida en que subsiste la escasez de recursos. Negar esta contradicción postulando una unidad del productor y del consumidor que no se realiza en la experiencia, es exigir la subordinación del productor al consumidor, el sacrificio permanente de las necesidades y de las aspiraciones concernientes a la vida de trabajo en beneficio de las necesidades de consumo (y, por tanto, de producción) creciente. Negar la contradicción es, por tanto, negar la enajenación del trabajo en beneficio de una mayor satisfacción en el consumo, impidiendo que esta enajenación se vuelva consciente.

Para que la contradicción pueda ser superada y la enajenación del trabajo abolida, es importante antes que nada reconocerlas. Reconocerlas, es decir, dejar jugar libremente la tensión dialéctica entre las necesidades al nivel del trabajo y las necesidades al nivel del consumo. Dejarla jugar libremente, es decir, asegurar la libre expresión y la representación de las necesidades en los niveles específicos donde se manifiestan: el de las condiciones de vida, por una parte, las condiciones y las relaciones de trabajo, por otra. Y el único medio de asegurar la representación y la libre expresión de las necesidades en esos niveles específicos es proteger la autonomía y la representatividad del sindicato en los centros de trabajo y en la sociedad.

La superioridad de la civilización socialista sobre la capitalista no puede reducirse ni a una organización más racional, ni a una mayor igualdad, ni a una mejor satisfacción de las necesidades sociales, ni a la superioridad de los equipos y los servicios colectivos. La superioridad decisiva y fundamental del socialismo reside en la liberación del trabajador al nivel del acto productivo y de las relaciones de producción. Esta liberación no será conquistada sino cuando la propiedad colectiva de los medios de producción signifique también que el trabajador se siente "en su casa" en la empresa y en su trabajo, porque tiene la facultad de regular el proceso de producción, en su desarrollo y en la división social y técnica de las tareas, de acuerdo con las necesidades. El poder de la clase obrera es también la libertad de los trabajadores de someter las condiciones de su trabajo a su poder colectivo.

Sólo un sindicato autónomo que tenga la confianza de los trabajadores porque defiende *incondicionalmente*, en la fábrica y en la sociedad, las aspiraciones y las necesidades específicas que nacen del trabajo mismo en los centros de producción, puede conocer esas necesidades, formularlas y actuar con vista a una optimización de las condiciones de trabajo y de vida. ¿La búsqueda de ese óptimo entra en conflicto (por hipótesis) con la búsqueda de la productividad y de la producción máxima?¹⁰

Es una razón de más para confiar a organismos distintos una y otra búsquedas.

Si no, la búsqueda del óptimo en cada empresa, ciudad y región corre el riesgo de ser simplemente descuidada y la producción de seguir siendo el reino de los técnicos y los productivistas. Sólo la autonomía del sindicato, su libertad de reivindicación y de impugnación frente a la dirección de la empresa y del plan económico, el respeto de su función que es buscar la disposición óptima de las condiciones y los métodos de trabajo en la fábrica, y de las condiciones de vida en el exterior, permiten restablecer la tensión dialéctica entre la exigencia de la liberación obrera y la exigencia de la eficiencia económica y técnica.

Esta necesidad de autonomía del sindicato —como del Partido, por otra parte— respecto de la dirección, del gobierno y del Plan fue implícitamente reconocida en el VIII Congreso de la Liga de Comunistas Yugoslavos, en noviembre de 1964, y afirmada explícitamente por los principales partidos comunistas de Europa occidental.¹¹

¹⁰ Digo "por hipótesis" porque si la dirección técnica de las empresas tiene tendencia a postular ese conflicto y a fundar en él la necesidad de la jerarquía industrial, es notorio que, aun en las producciones en cadena, el rendimiento mismo puede

ser mejorado finalmente por medidas de optimación tendientes a diversificar el trabajo y a restituir iniciativa y responsabilidad al trabajador: rotación de puestos, recomposición de las tareas parceladas, pausas, auto-gerción al nivel del taller, de la cadena, del equipo, de la división técnica y de la organización del trabajo, etcétera.

Vance Packard cita a este respecto el ejemplo notable de la Non-Linear Systems Inc. que recompuso las tareas confiando a pequeños equipos de obreros o, en el montaje, a cada obrero, una tarea completa, inteligible, que requiría responsabilidad e iniciativa. Al mismo tiempo, se suprimió el recuento. Después de esta reorganización, el número de horas de trabajo por máquina de calcular fabricada disminuyó a la mitad y las reclamaciones de los usuarios disminuyeron en un 90 por ciento.

La experiencia de los últimos años en el campo de la enseñanza de la lengua ha sido muy rica y ha permitido observar con claridad los cambios que se están produciendo en el aprendizaje de esta disciplina. En primer lugar, se ha observado un mayor interés por parte de los estudiantes, lo que se refleja en una mayor participación en las actividades de aula y en una mayor motivación por aprender. Esto se debe, en gran medida, a la implementación de metodologías más participativas y centradas en el estudiante, que permiten un mayor involucramiento y una mayor comprensión de los contenidos. Además, se ha observado un mayor uso de recursos tecnológicos, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. En segundo lugar, se ha observado un mayor énfasis en la evaluación formativa, que permite identificar los avances y dificultades de los estudiantes a lo largo del proceso de aprendizaje, y así poder intervenir de manera oportuna y efectiva. Esto ha permitido mejorar el rendimiento académico y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En tercer lugar, se ha observado un mayor trabajo en equipo y en grupo, lo que ha permitido desarrollar habilidades de comunicación y de colaboración, así como también un mayor sentido de pertenencia y de responsabilidad. Esto ha permitido mejorar el clima de aula y el rendimiento académico. En cuarto lugar, se ha observado un mayor uso de materiales auténticos y de situaciones reales, lo que ha permitido desarrollar habilidades de comprensión y de análisis, así como también un mayor interés por aprender. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En quinto lugar, se ha observado un mayor uso de estrategias de enseñanza, lo que ha permitido adaptar la enseñanza a las necesidades de los estudiantes y mejorar el aprendizaje. Esto ha permitido mejorar el rendimiento académico y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En sexto lugar, se ha observado un mayor uso de recursos humanos, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En séptimo lugar, se ha observado un mayor uso de recursos materiales, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En octavo lugar, se ha observado un mayor uso de recursos tecnológicos, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En noveno lugar, se ha observado un mayor uso de recursos humanos, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes. En décimo lugar, se ha observado un mayor uso de recursos materiales, lo que ha permitido enriquecer el aprendizaje y hacerlo más atractivo. Esto ha permitido mejorar el aprendizaje y el desarrollo de las competencias de los estudiantes.

LA C.F.D.T. RESPONDE A ALGUNAS
CUESTIONES SOBRE LA AUTOGESTION

La C.F.D.T. habla continuamente de "autogestión". Por ejemplo, hace bien poco, en las observaciones que ha hecho sobre el programa común de gobierno del partido socialista y del partido comunista, que terminan diciendo que actuará para "orientar el movimiento unitario hacia un socialismo democrático y autogestionario". Pero esta palabra "autogestión" no siempre se entiende bien ¿qué es la autogestión para la C.F.D.T.?

La C.F.D.T. se ha definido en torno a la autogestión: "La autogestión es un cambio radical en la situación de los trabajadores. Pasan de estar subordinados a un poder ajeno, de vender su fuerza de trabajo a un empresario, a ser colectivamente sus propios empresarios, dueños del producto de su trabajo y de su utilización dentro del marco de una planificación democrática".

Dicho de un modo más sencillo, "la autogestión es para los trabajadores la realidad de administrarse por sí mismos, de dirigirse por sí mismos". No se necesitan muchas explicaciones para comprender que esto cambia su situación completamente.

La C.F.D.T., en su congreso de 1970 explicó qué tipo de sociedad pretende construir: un socialismo democrático fundado en tres pilares, "la autogestión, la propiedad social de los medios de producción y de intercambio, la planificación democrática". Estos tres elementos no pueden separarse.

Millares de asalariados que forman la C.F.D.T. han llegado a estas conclusiones partiendo de su experiencia concreta y observando la situación real de todos

Extracto de:

SYNDICALISME MAGAZINE Noviembre 1.972

en

LA C.F.D.T. Y LA AUTOGESTION

Ed. Zero,S.A. Madrid

los trabajadores a escala mundial. ¿Cuál es la realidad de los trabajadores de hoy?

El empresario, el patrono, tiene un poder omnímodo sobre los trabajadores: admisión y despido, organización del trabajo, salarios, etc. El único límite serio de ese poder es la acción organizada de los asalariados. Para conseguir un minimum de derechos y hacer que se respeten, los trabajadores tienen que luchar. Podemos examinar cualquier reglamentación social: si alguna representa una auténtica garantía para los trabajadores, es que ha sido conseguida con lucha. Ninguna ha sido concedida de buen grado por los patronos y sus defensores políticos. Antes de convertirse en leyes o de figurar en los convenios colectivos, han sido durante decenas de años reivindicaciones que aparecían constantemente en las luchas de los trabajadores. Y los patronos vuelven a olvidarlas en cuanto no hay una sección sindical en la empresa que les obligue a respetarlas.

Estas leyes y convenios suponen algunas garantías para los trabajadores. Pero mientras se siga dentro del marco del sistema capitalista no cambian fundamentalmente las relaciones entre patronos y obreros: éstos siguen explotados y dominados. También en esto basta con mirar en torno nuestro para comprobarlo.

Para los propietarios de las empresas y para sus representantes ¿qué es un obrero? En las pequeñas empresas el patrono conoce personalmente a sus empleados, en las grandes ni siquiera los ha visto, e ignora como se llaman. Pero en uno y otro caso "los asalariados son ante todo, para el patrono, una fuerza de trabajo que se compra y no tienen ningún derecho, ningún poder sobre el producto de su trabajo".

En su vida personal el patrono puede ser un hombre duro o simpático, desenvuelto o serio, severo o tratable... Pero siempre será un comprador de la fuerza de trabajo de sus empleados que utiliza como utiliza los

edificios, las máquinas. Paga con un salario. "Para él los salarios son un gasto como otro cualquiera, y naturalmente se inclina a pagar lo menos posible para obtener el máximo de ganancia." Los salarios remuneran la fuerza de trabajo, no son en absoluto un reparto del producto del trabajo colectivo de la empresa.

Decir esto puede parecer banal. Hace ya decenas de años que el movimiento obrero lo sabe. Pero no viene mal repetirlo. Porque los capitalistas se obstinan en hacer creer lo contrario. Utilizan por ejemplo los servicios de los llamados expertos en economía que mantienen del modo más serio el siguiente razonamiento:

"Para que marche una empresa hacen falta capital y trabajo. El capital es remunerado por la ganancia, el trabajo por los salarios. Así que todo es justo."

Pero olvidan de dónde proviene el capital, la forma en que se ha acumulado. ¿Es que el capital se produce solo? ¿Ha caído del cielo en un día de primavera?

El trabajo es la única fuente de riqueza. Los trabajadores y sólo ellos, conciben y fabrican los productos, realizan los "servicios" que adquieren un valor en dinero cuando se venden en el mercado. Los economistas de los patronos lo reconocen cuando se ven forzados a hablar seriamente del asunto.

Pero la empresa capitalista es la única propietaria del producto de la venta así realizada. El trabajador no tiene derecho sobre este producto de venta. Su único derecho es cobrar lo que le dan por su fuerza de trabajo (es decir, el salario) y nada más.

Esquemmatizando mucho (porque la realidad es más complicada) podríamos decir que sólo una parte del trabajo efectuado vuelve al trabajador por el salario y la mayor parte es acaparada por el capitalista para su provecho. Esto es lo que se llama explotación del trabajo.

Al lado de esto está la "alienación", y con ella la

3
3 dominación. Para la empresa capitalista el trabajador existe solamente como un puro objeto, como una "máquina viva". Es un peón, una pieza. Puede tener un trabajo más o menos interesante, que exija más o menos su inteligencia. Pero nunca puede decidir el fin de su trabajo, ni la forma de efectuarlo.

La misma existencia de una jerarquía de mando que a veces adquiere formas auténticamente militares es consecuencia de este sistema, que justifica su mantenimiento. Si los capitalistas quieren mantener su ganancia es porque así pueden vivir mejor, consumir más. Pero también es porque les da una mayor capacidad de poder, "y este poder sólo tiene sentido en una sociedad jerarquizada en que el mando no se discute".

Vivimos en una sociedad en que es el capital el que manda mientras los trabajadores crean la riqueza. La sociedad capitalista avanza con la cabeza abajo y los pies arriba. La autogestión pondría a la sociedad en la posición que debiera de tener.

El poder para los trabajadores. ¿Qué quiere decir esto? No se trata de poner a unos tecnócratas o dirigentes políticos en el lugar de los patronos capitalistas, sin más. Por ejemplo, las empresas nacionalizadas de Francia ya no pertenecen a propietarios capitalistas privados. ¿Pero ha cambiado la situación de los trabajadores en algo fundamental? Desde luego, no. Los trabajadores del sector público y nacionalizado luchan como los demás contra la explotación y la dominación. En algunos terrenos (no en todos) sus derechos son quizá mejor respetados, pero esos derechos tienen en fin de cuentas los mismos límites. También ellos aspiran a ser dueños de su trabajo.

Con la autogestión:

— Los trabajadores elegirán a los responsables de

empresa, a todos los niveles (desde el taller hasta el total de la empresa);

- los trabajadores decidirán colectivamente la organización del trabajo y sus condiciones;
- los trabajadores determinarán, en un marco democrático, la política de la empresa en materia de fabricación, de reparto de inversiones, de remuneraciones.

Así, serán colectivamente dueños de su trabajo, decidirán sobre el reparto del producto del trabajo colectivo.

Por supuesto no podrán decidir de un modo absoluto. Porque la decisión de fabricar tal o cual producto no concierne sólo a los trabajadores de la empresa.

¿Cómo deciden los capitalistas fabricar tal o cual producto, organizar tal o cual servicio? No se preocupan de si será algo bueno para la vida de los hombres en sociedad. No. La primera cuestión que se plantean es. ¿Se podrá vender esto? Y luego. ¿Se venderá a un precio bastante alto para que me dé ganancia? Si es necesario crearán nuevas necesidades, mediante la publicidad, o intentarán desviar las necesidades existentes hacia soluciones malas, pero que pueden darles mucho dinero. Así, la lógica de la ganancia se desarrolla también fuera de la empresa.

Los trabajadores, alienados en la empresa como productores, también son alienados fuera de ella como consumidores.

El socialismo de autogestión no trata pues solamente de modificar la situación de los trabajadores en la empresa. Intenta destruir la lógica de la ganancia en toda la sociedad: en el consumo individual, en la forma de construir las ciudades, los transportes, la salud, las diversiones y la cultura, etc. En todos los terrenos intentan dirigirlo todo hacia la satisfacción de las necesidades de los hombres.

Por supuesto esto no puede hacerse sin un cambio total de la sociedad. La autogestión no es una minucia. Los trabajadores no son tampoco unos ilusos. No creen que las cosas vayan a caerles llovidas del cielo. Para construir una máquina lo primero que hay que hacer es dibujar los planos. Y cuanto más compleja es la máquina más necesarios son los planos. La sociedad moderna es extremadamente compleja. Se necesita pues un plan para que funcione. Pero un plan elaborado democráticamente, un plan que no provenga de unas cuantas cabezas privilegiadas.

Las cosas están pues claras. El socialismo de autogestión no es un egoísmo colectivo de empresa. No es un sistema para que los trabajadores se hagan salvajemente la competencia desde sus empresas autogestionadas, como sucede entre las empresas capitalistas.

Si no fuera más que eso, no valdría la pena cambiar, porque muy pronto aparecerían nuevos capitalistas en lugar de los antiguos.

“La autogestión no tiene sentido sin la planificación democrática y la propiedad social de los medios de producción. Pero, a la inversa, la propiedad social y la planificación no cambian fundamentalmente las cosas si no hay autogestión”. Si pretendemos una sociedad socialista, no se pueden separar ambas cosas.

2

¿Es la C.F.D.T. la única organización que habla de autogestión? ¿La autogestión es una idea nueva? ¿Qué dicen de ella las organizaciones de trabajadores en Francia, por ejemplo, la C.G.T.?

El término “autogestión” es relativamente nuevo. Pero aunque el término es reciente, la idea es tan antigua como el mismo movimiento obrero.

Desde principios del siglo XIX, el movimiento socialista ha intentado superar la simple mejora material de la condición obrera y ha tenido como fin la emancipación de los trabajadores. Cuando Carlos Marx y otros hablaban de desaparición del Estado, conectaban con toda una tradición que se encuentra en diversas formas en casi todos los teóricos y líderes del movimiento obrero de entonces. No es una causalidad: porque la aspiración brotaba, de un modo más o menos consciente, de las mismas masas obreras.

La Comuna de París se propuso organizar las “asociaciones cooperativas de trabajadores” en los talleres abandonados por sus patronos. La Carta de Amiens (1906) que expresaba la posición mayoritaria del sindicalismo francés de principios del siglo XX, hablaba de “agrupaciones de producción e intercambio”. Más tarde nacerá la expresión “consejos obreros”.

Con palabras diferentes y en doctrinas diferentes se encuentra siempre la misma aspiración en la que se incluye el proyecto de autogestión.

Pero se ha tendido a olvidar esta herencia dando paso a otra tendencia, centralizadora y autoritaria, que da a la disciplina el primer lugar frente a la iniciativa y que confía la responsabilidad del cambio de la sociedad a la acción de una organización de “revolucionarios profesionales” más que a la de los mismos trabajadores. Esta tendencia se ha visto reforzada por la propensión de los partidos comunistas (y los sindicatos que le eran próximos) a defender sin reservas la experiencia centralizada que se desarrolló en la Unión Soviética y en otros países.

Pero ya hemos visto, en mayo del 68, que la aspiración de las masas de trabajadores sigue intacta.

La C.F.D.T. está pues ligada a una larga y poderosa tradición del movimiento obrero. Por otra parte no pretende tener la exclusiva de ella.

Un sondeo efectuado por la SOFRES en octubre de 1971 demuestra que esta aspiración se manifiesta hoy día con mucha fuerza.

Se preguntaba: "En cada una de las siguientes cosas; quién debería dirigir las empresas". Y estos fueron los resultados.

	Por el Estado	Por representantes elegidos por todo el personal	Como lo son actualmente
Niveles de salario.	13 %	54 %	19 %
Condiciones de trabajo	10 %	59 %	20 %
Rendimiento de la producción	9 %	46 %	26 %
La seguridad del empleo	39 %	34 %	13 %
Desarrollo de la empresa	21 %	30 %	27 %

Hemos de subrayar sin embargo, y es lo más importante, que "esta aspiración siempre viva se ha convertido hoy día en algo mucho más alcanzable que en el siglo XIX o a principios del XX".

Esto por dos razones:

— *Técnicamente* en primer lugar, se han hecho considerables progresos para facilitar la toma de decisiones. La informática da muchas más posibilidades de reunir las informaciones y calcular de antemano la consecuencia de las distintas opciones, con un margen de error mucho menor que antaño.

Estos medios, si se quieren utilizar en este sentido, pueden facilitar la toma de decisiones por la colectividad, por todas las personas afectadas en cada caso. Además, el progreso de los medios de educación, de formación, ha dado como resultado que el nivel cultural de los trabajadores sea superior, globalmente, a lo que exige de ellos el trabajo. Este potencial, que hoy día se desperdicia, será utilizado y desarrollado con la autogestión.

— *Socialmente* también, la autogestión es la mejor respuesta. En la sociedad moderna, la producción tiene un carácter mucho más colectivo que antes: en una gran empresa, por ejemplo, el trabajo de cada uno depende cada vez más del trabajo de los demás. El trabajador ya no está aislado. Se puede decir que existe como una especie de "trabajador colectivo", que agrupa a muchos hombres cuyas tareas son inseparables. Por ello no sirve de nada el que uno tenga dominio sobre su trabajo si no lo tienen todos colectivamente.

Para ser libre, para librarse de la dependencia, el obrero de antes podía soñar con montarse su propio taller. Hoy día para ser libres los trabajadores aspiran a la autogestión, incluso los que no emplean esta palabra. Esto explica la gran repercusión del tema cuando la C.F.D.T. lo ha lanzado.

"Contrariamente a lo que afirman algunos, no se trata de elegir entre energía capitalista y orden agobiante de un socialismo de Estado centralizado y autoritario." En grados diferentes estos dos sistemas han dado pruebas de su incapacidad para responder a todas las aspiraciones de los trabajadores y a los problemas planteados por la evolución técnica y social.

En la Unión Soviética y en otros países del Este, la

industrialización, el desarrollo de la producción han sido más rápidos (al menos durante un primer período) que en los países capitalistas, gracias a una planificación más racional. Ciertas desigualdades son menos flagrantes que en nuestros países, sin que hayan desaparecido del todo. Algunas necesidades (salud, educación) gozan de una prioridad mucho más alta.

Pero mucho de lo que hemos dicho de la situación de dependencia de los asalariados sigue siendo real en esos países. Las desigualdades jerárquicas subsisten y tienden incluso a crear privilegios hereditarios igual que en el sistema son decisiones de la dirección de la empresa, la fuerza de trabajo de los asalariados sigue comprándose como una mercancía, y no tienen muchas más posibilidades que nosotros para opinar sobre las cuestiones de producción, de las condiciones que debe hacerse, a qué ritmo, con qué finalidad. Y por otra parte carecen de algunas de las libertades elementales.

“Solo una concepción autogestionaria del socialismo constituye una alternativa completa al capitalismo actual, que nos arrastre actualmente a un desarrollo cada vez más absurdo.”

La voluntad de conseguir la autogestión no es una utopía irrealista, ni un sueño de tiempos pretéritos o imaginarios, sino que se funda en un examen lúcido de lo que puede ser en el futuro una sociedad realmente socialista. La autogestión es una posibilidad concreta.

Los camaradas de la C.G.T., se han reído del término “autogestión”. “Se encuentran tantas versiones como partidarios de ella, y por lo tanto no podemos saber en qué consiste” dicen. Hablan por ejemplo de algunos periodistas que han aplicado el término autogestión a algunas formas nuevas de organización del trabajo que se han experimentado en Fiat.

Hablan también de algunos patronos, que, con el sistema que ellos han llamado “D.P.O.” (“Dirección

participativa por los objetivos) pretenden implantar una especie de mini-autogestión por servicios.

“Lo menos que se puede decir de una idea que permite tal confusión es que no debe estar acabada”, escriben los compañeros de la C.G.T.

Pero ¿qué diríamos entonces de las múltiples utilidades de la palabra “socialismo”? Si hasta el mismo M. Pompidou ha dicho que él representaba el auténtico socialismo, que es ya el colmo. Esto no impide a la C.G.T. (y a la C.F.D.T.) pronunciarse por el socialismo.

Es cierto que la palabra autogestión, como la palabra socialismo, son a veces usadas en un sentido falso. Los patronos capitalistas y sus defensores utilizan múltiples tácticas para impedir que los trabajadores tomen conciencia de su situación y de los medios de salir de ella. A veces atacan de frente, a veces intentan sembrar la confusión. Pero no por ello hemos de caer en sus trampas. Dejemos las falsas disputas y examinemos las cosas a fondo, seriamente, tranquilamente.

3

¿Existe en algún sitio un modelo de autogestión? ¿El socialismo de autogestión de que habla la C.F.D.T. se parecerá a algún sistema ya existente en algún país?

Algunos países, por ejemplo Yugoslavia, han emprendido el camino de la autogestión. La C.F.D.T. estudia estas experiencias con atención.

Pero no le preocupa especialmente proponer un modelo. Cada país tiene una historia particular. El querer copiar a la letra un proceso que se desarrolla en unas condiciones económicas e históricas completamente diferentes, sería absurdo. Y además contradictorio con la idea misma de autogestión.

La autogestión no se decreta. No puede decirse un buen día: "A partir de hoy, autogestión. De forma que se hará esto y esto y de esta manera". Esto sería contrario a la autogestión. Son los mismos trabajadores los que tienen que poner en marcha la autogestión. Por eso la C.F.D.T. no tiene en el bolsillo un modelo acabado y definitivo para tratar de imponerlo.

Lo que hace la C.F.D.T. es trazar un plano global, definir los ejes de un proyecto de conjunto, partiendo de la experiencia de los hombres que la componen. Lo que dice la C.F.D.T. es que hay que tratar de avanzar en este terreno. Que es *necesario* y *posible* hacerlo, técnica y socialmente hablando. Desde este punto de vista trata de precisar las *condiciones* previas para llegar al fin.

"Pero hemos de hacer una advertencia fundamental: la autogestión en la empresa no tiene sentido mientras toda la sociedad no sea autogestionada". La autogestión es un modo de ejercicio del poder en la empresa, pero también en el barrio, en el municipio, en una casa de cultura, en una asociación deportiva. No puede haber islotes autogestionados de una forma duradera en una sociedad que se organiza en forma opuesta.

4

*¿Es posible comenzar desde ahora la autogestión?
¿Es imaginable pensar que unos trabajadores pueden poner en autogestión una empresa, después dos, y cada vez un mayor número, provocando así una transformación social? ¿Sería esto realizable?*

No. La autogestión no tiene sentido, no es realizable, dentro del capitalismo. Constituye un sistema opuesto al capitalismo.

En una sociedad donde el poder, de un modo global, pertenece al capital, es absolutamente imposible que los trabajadores adquieran pequeñas parcelas de poder. No hay que crear falsas ilusiones en este punto.

Algunos con buena intención han hablado por ejemplo de autogestión a propósito de sociedades cooperativas de producción. Pero, ¿cómo funcionan las cooperativas que existen en Francia concretamente? O viven de un modo marginal o se convierten en auténticas caricaturas de lo que fue el proyecto de sus fundadores. Si quieren sobrevivir económicamente, las cooperativas de producción tienen que plegarse, quieran o no, a las leyes del sistema capitalista. Por buena voluntad que tengan sus creadores no logran evitarlo.

La razón profunda de esta imposibilidad es que el poder capitalista se funda en la propiedad privada de los medios de producción y de intercambio. Y es él el que impone la ideología, la manera de ver las cosas, condicionando a los individuos. Y las estructuras jerárquicas enfrentan siempre a los que dirigen y a los dirigidos.

Consagrada, legitimada, reforzada por toda una red de reglas jurídicas, "la propiedad privada es, de hecho, el derecho que la ley da a los propietarios y a los dirigentes de dominar a los trabajadores".

Todo el código civil se basa en el derecho de propiedad privada. La legislación del trabajo, aunque contenga algunas protecciones, arrancadas por la lucha de los trabajadores contra las consecuencias del derecho de los propietarios, no niega ese derecho. El derecho de despido, por ejemplo, proviene directamente de la propiedad privada.

La existencia de la propiedad privada supone la desposesión de los trabajadores. A todos los poderes del propietario de la empresa corresponde la ausencia de poder en los asalariados:

- *poder de dirigir la empresa*: decidir en las inversiones, la admisión de trabajadores, en la organización del trabajo, sobre los salarios;
- *poder de apropiarse el producto del trabajo*: es decir, de utilizar como quiera las ganancias de la empresa. Efectuar inversiones como él entienda, dar dividendos a los accionistas;
- *poder de abusar de la empresa*: los propietarios pueden vender una empresa, limitar su desarrollo o incluso cerrar, únicamente en función de su propio interés. De esta forma los trabajadores pueden encontrarse súbitamente en la calle, o puede frenarse el desarrollo de una región, únicamente porque un puñado de individuos así lo han decidido.

Así se ha visto cómo los Astilleros de la Ciotat rompían todos sus compromisos de mantener la actividad de los Talleres del Trait después de haberse embolsado millones del Estado para modernizar sus instalaciones. O por ejemplo cómo una fábrica de Alsacia dedicada al calzado, cerró al poco tiempo de empezar, después de amortizar las instalaciones y haber cobrado las primas de creación de empleos que concede el Estado. O como la C.G.E. amenaza con cerrar definitivamente su fábrica en Saint Brieu, porque los obreros están en huelga.

Se pueden citar miles de casos así. ¿Y la ley de la ganancia, que permite vender un producto cualquiera a base de publicidad consiguiendo que sea rentable aunque no útil, no es también un continuo abuso contra la colectividad de consumidores?.

La clase dominante procura desde luego enmascarar esta realidad.

Algunos dicen que el capitalismo ya no existe, porque los propietarios de la empresa ya no son sus directores y han traspasado su poder a los tecnócratas. En primer

lugar esto no es cierto más que para unas pocas empresas: encuestas recientes han demostrado que muchas empresas, incluso algunas muy importantes, son dirigidas siempre por miembros de la familia que participan ampliamente en el capital. E incluso cuando la dirección pasa a un "manager" (según el término americano) la situación es la misma, pues su función es únicamente servir al capital, y toda su dirección está basada en sus intereses y en sus reglas.

Otros hablan de engaños tales como "asociación capital-trabajo", o de participación, como si ello suprimiera el hecho de que el capital es fruto de la explotación del trabajo, y como si eso diera a los asalariados un ápice más de poder.

O bien presentan los métodos modernos de gestión capitalista, el "management", como dicen los americanos, como si estuvieran fundados en principios humanitarios. Se jactan por ejemplo de la "dirección participativa en los objetivos" que intenta descentralizar una parte de las decisiones, a un número cada vez mayor de mandos, pero siempre dentro de los límites de programas definidos centralmente por la dirección; basta con reflexionar dos minutos para comprender que esto no cambia en el fondo la situación de los trabajadores, sean obreros o técnicos.

En la perspectiva de un socialismo de autogestión los objetivos son muy distintos: se trata de sustituir el poder de los capitalistas por el de los trabajadores y poder después reforzarlo y desarrollarlo.

La autogestión no es compatible con la propiedad privada de los medios de producción e intercambio. Esto es lo que dice la C.F.D.T. sobre la cuestión al ligar el proyecto de autogestión a la *propiedad social*.

Cuando haya autogestión ¿quién será el propietario de las empresas? ¿El Estado? ¿La autogestión pondrá fin a todo tipo de propiedad privada?

La autogestión supone la abolición de la propiedad privada de los medios de producción e intercambio.

Decimos bien: medios de producción e intercambio. La autogestión no dice nada en contra de la propiedad privada de los "bienes de consumo". El trabajador puede ser muy bien dueño de su tele, su coche, etc.,

Para llegar a la autogestión hay que expropiar a los capitalistas, lo cual supone por lo menos la toma del poder central. Pero esto no basta: hay que precisar cómo se apropian los trabajadores de los medios de producción que utilizan.

"Cuando en una sociedad socialista (o que se pretende tal) los trabajadores no tienen poder directo sobre sus medios y condiciones de trabajo, están a punto de perder todo poder real".

La supresión de la propiedad privada de los medios de producción debe ir acompañada, desde el principio, por transformaciones que conduzcan a la autogestión.

De hecho, en un sistema de autogestión, los atributos de la propiedad, los diferentes poderes que da al propietario, estarán repartidos entre diferentes centros de decisión: el plan, la región, la empresa. La noción misma de propiedad, tal como la conocemos actualmente, tendrá que transformarse completamente.

El principio fundamental es que los que están más próximos a cada actividad deben poder decidir, elegir, tomar responsabilidades, dentro del marco de una planificación democrática: los trabajadores en su empresa,

la asociación de vecinos en su barrio, un colectivo de consumidores para determinados servicios colectivos, etc.

Se plantea a veces la cuestión del pequeño comerciante o artesano que trabaja solo, o del pequeño campesino que trabaja su pequeña tierra. ¿Se les va a quitar su tienda, su taller, su finca? La respuesta es simple, evidente: la autogestión para él, si es solo, consistirá en dirigir él mismo su trabajo. Pero, desde luego se le animará a asociarse, a formar una cooperativa con otros.

Sin embargo el poder de los trabajadores en la empresa no debe de conducir, como en el capitalismo, a poder abusar de la empresa. La propiedad social no es la propiedad de un grupito, aunque sea un grupo de trabajadores. Por esto las empresas, los servicios colectivos, no pueden ser vendidos a particulares o a grupos particulares.

"Se consideran como medios colectivos de trabajo, no como bienes de mercado utilizados para valorizar un capital y del que pueda disponer a voluntad".

Cuando se trate por ejemplo de crear una empresa, o de cerrarla, o de cambiarla de lugar, etc. es evidente que los trabajadores de la empresa no son los únicos afectados.

Si los trabajadores de la empresa han de tener en cuenta lo que les rodea, si la autogestión se extiende a toda la sociedad ¿de qué forma se tomarán las decisiones en cada nivel? ¿Cómo se coordinará todo?

"El primer principio de la autogestión, es que toda decisión se tome en el nivel más descentralizado que sea posible respetando el interés general".

"El segundo principio es que los órganos responsables han de ser elegidos y controlados a todos los niveles.

Su función no es más que ejecutar la política definida colectivamente."

"El tercer principio es que es necesario crear una confrontación entre las distintas instancias (barrio, comunal, empresa, etc., a las que afecta una misma decisión."

Repetimos que la C.F.D.T. no se propone el objetivo de dar por adelantado un modelo definitivo de una sociedad autogestionada. Pero se pueden dar sin embargo algunos ejemplos indicativos:

- Una decisión que afecta a la puesta en marcha de bienes de equipo ligeros (dispensario, piscina, centro recreativo, etc.) puede tomarse al nivel de un consejo municipal o de un consejo de barrio en función de las necesidades prioritarias que existan y de los recursos disponibles.
- En materia de bienes de equipo colectivos de envergadura (autopistas, ferrocarriles, puentes, por ejemplo), las decisiones pertenecen más bien a una instancia nacional (el plan democrático). Pero como esas decisiones pueden afectar más en concreto a una región, se debe organizar una confrontación entre el nivel nacional y los niveles regionales y sectoriales.
- En la empresa, las decisiones referentes a la organización del trabajo se pueden tomar al nivel del consejo de taller. Los objetivos de producción y de reparto por el contrario se tomarán a nivel de empresa, por el consejo de empresa elegido. Este podrá ser controlado en las empresas medianas, por la asamblea general de trabajadores. En las grandes empresas, habrá que descentralizar algunos aspectos de la gestión y se han de encontrar medios para que exista un control regular por parte de todos los trabajadores: elección de

delegados, canales permanentes de información y de comunicación entre los diferentes establecimientos, etc.

- El lanzamiento de un nuevo producto, o de un servicio concierne a la empresa que lo lanza. Pero también a otras personas y categorías de personas, que son consumidores, usuarios. Las confrontaciones podrán hacerse dentro del marco del plan regional, nacional, etc.
- Para las relaciones con países extranjeros se puede muy bien pensar que las regiones fronterizas (el Norte, con Bélgica, por ejemplo) participen de una manera más particular en la elaboración de determinados aspectos de la política extranjera (económica, cultural...) en relación con esos países.

Estos ejemplos son solo indicativos, pues la autogestión ha de construirse en la acción.

Lo fundamental es que, en cada nivel, los hombres y las mujeres afectados no se contenten con elegir unos representantes que decidan por ellos. En los casos importantes ha de haber lugar una toma de decisión realmente colectiva. Para lo cual todos y cada uno han de tener la información apropiada. Además, los representantes elegidos han de estar sometidos a un control permanente, sus decisiones no deben ser tomadas en secreto.

Lo importante es también que se desarrolle la democracia a todos los niveles, en todos los aspectos de la vida. Pues todo va unido. Por ejemplo si yo trabajo en una empresa de automóviles, mi trabajo interesa a toda la colectividad: a todos los conductores de coches, pero también a todos los demás, en la medida en que el crecimiento de la circulación tiene consecuencias para todo el mundo. Pero a la inversa, a mi también me importa lo que pasa en las fábricas de productos alimenticios, en los laboratorios farmacéuticos, y lo que ocurre

41 en mi barrio o en mi región. Yo tengo que poder expresar lo que pienso en todos estos terrenos.

Cada unidad económica o territorial (taller, empresa, comuna, región) está ligada a las demás en diferente medida. Los trabajadores, los vecinos, los usuarios, los ciudadanos han de poder hablarse, confrontar sus ideas en interés general. Comprendiendo esto se desarrollará progresivamente la conciencia social y una vida democrática más rica.

7

La C.F.D.T. está por la autogestión, pero es partidaria también de un plan democrático que se imponga a todos. ¿Cómo concibe la relación entre estas dos exigencias?

En economía capitalista, hablar de "Plan" supone siempre un abuso de lenguaje. En la sociedad capitalista, el Plan no tiene una función de guía del conjunto de la actividad económica: el único motor sigue siendo la ganancia; ésa es la única regla de la economía.

¿Cuál es el papel del Plan en un país como Francia, actualmente?. Su principal función es organizar las acciones e intervenciones del Estado en un sentido favorable a los intereses capitalistas. De esa forma permite a los propietarios de las empresas privadas hacer previsiones, tener una idea de lo que pasará en los próximos años y coordinar sus intereses si lo desean. Pero el Plan no les exige ningún compromiso, y los patronos son libres en sus decisiones.

"Cuando la C.F.D.T. habla de planificación democrática como uno de los tres pilares del socialismo, da al término "Plan" todo su contenido: se trata de una orientación general de la economía. "El tipo de crecimiento de la sociedad será definido voluntariamente y

no abandonado a las salvajes leyes de la rentabilidad inmediata.

Hemos visto que, en una sociedad socialista autogestionada, harán falta múltiples confrontaciones a todos los niveles: entre las empresas y las comunas, entre las regiones y el gobierno central, etc. El plan democrático será el medio de hacerlo. Coordinará las actividades económicas para interés general.

Para la C.F.D.T. la autogestión y el Plan no se oponen en absoluto. No son dos ideas contradictorias entre las que hubiera que hallar un compromiso, o dosificarlas —un poco de autogestión y un poco de planificación para que no entre mal sabor de boca—. No. Por el contrario la autogestión y el Plan son cosas complementarias.

La palabra *autogestión* cualifica un proceso colectivo de decisión que consiste en que los hombres se dirijan por sí mismos. Pues bien, la planificación, en una sociedad socialista, se establecerá de un modo democrático. Será justamente uno de los medios que utilicen los hombres, a escala de una región o de un país entero para dirigir sus destinos.

Lo que se opone a la autogestión es la burocracia o la tecnocracia, pero no la planificación.

El partido comunista, en su manifiesto "por una democracia avanzada" explica que el Plan, tal como lo concibe, será democrático porque responderá mejor a las necesidades de la población. Pero no podemos contentarnos con eso. No se puede conceder un Plan que se llame democrático únicamente porque lo sea en sus objetivos (al servicio de las necesidades de la mayoría del pueblo), sin tener en cuenta la forma en que está establecido.

¿Quién es capaz de designar las necesidades prioritarias de la mayoría del pueblo, sino el pueblo mismo, a través de largas confrontaciones, de largas discusiones?.

Se elegirán representantes a cada nivel para las comisiones correspondientes, que harán los estudios preparatorios para tomar decisiones con conocimientos de causa. En conjunto las decisiones fundamentales del desarrollo tendrán que pasar por una expresión democrática de todo el país.

El Plan democrático ligado a la autogestión se diferencia pues muy bien de la concepción soviética del Plan. En los países del Este, la planificación está muy centralizada y las decisiones son tomadas por un número restringido de personas. De la misma manera, el poder en la empresa está concentrado en manos de un pequeño grupo nombrado por los ministerios.

Tenemos que sacar una conclusión importante de la experiencia de los países del Este: cuanto más alejados están los centros de decisión de las personas afectadas, más abstracta resulta la democracia, y esto aunque los responsables sean elegidos democráticamente (y lo son siempre en los países del Este?).

Como los problemas se plantean a varios niveles (municipio, región, país, etc) "el Plan debe ser también descentralizado"; por lo menos tiene que tener un primer nivel regional.

La C.F.D.T. de esta forma rechaza a la vez:

— "Una concepción puramente piramidal de la forma de organizar los poderes" en que el máximo de poder esté en la cumbre de la pirámide, donde es más estrecha. Concepto que se presenta lo mismo en la forma de "centralismo democrático" que en las pirámides jerarquizadas de los consejos obreros. Pero la experiencia demuestra que con este modo de organización, construido sobre un concepto rígido y jerarquizado de delegación, el poder se concentra en manos de una burocracia;

— "Una concepción" "espontaneista" de la democracia llamada "directa". Según los partidarios de esta concepción, el poder no debe delegarse jamás en representantes, debe ser ejercido siempre directamente por la base, y ésta ha de poder cambiar en cualquier momento de parecer, denunciar las decisiones tomadas, negarse a aplicarlas. La experiencia enseña que la ausencia de toda regla permite cualquier manipulación, lleva a imponer la ley del más fuerte (aunque sea el más fuerte en dar voces) y lleva también rápidamente al ejercicio del poder por una minoría.

Es sabido por otra parte cómo la sociedad capitalista ha forjado sus estructuras de dominio cubriéndolas con una apariencia de liberalismo y democracia.

"El socialismo de autogestión ha de multiplicar por el contrario los centros de ejercicio real del poder que se corrigen, se enfrentan, se controlan mutuamente, garantizando así la realidad y la vitalidad del proceso de democratización de la vida económica y social".

Así es como se regularán los conflictos dentro del marco del Plan. Los intereses de tal o cual individuo grupo o categoría particular pueden no coincidir siempre con los de la empresa en que trabaja, o con los de la mayoría de vecinos de su municipio. Los intereses de una empresa o de un ayuntamiento no serán siempre los mismos que los de la empresa o comuna de al lado ni los de la sociedad en general.

Pero la elaboración democrática del Plan y su carácter descentralizado servirán para que cada uno se exprese y para que se imponga la decisión según la mayoría; para que cada uno conserve toda la autonomía posible sin perjudicar a los demás.

"La supresión de los conflictos no se decreta. Pretender que en el socialismo no existan conflictos conduce a una

3
4 solución totalitaria: se suprimen los conflictos haciendo callar a los que no están de acuerdo. No es eso lo que quiere la C.F.D.T.”

El socialismo no será una sociedad de ensueño en que han desaparecido las divergencias de intereses y opiniones como por arte de magia. Pero lo que sí cambiará es la *naturaleza* de esos conflictos y la forma de resolverlos.

Actualmente no hay convergencia posible (al menos duradera) entre los intereses del capital y los del trabajo. Puede haber convenios, pero el interés *fundamental* de los asalariados sigue siendo el suprimir la explotación y el dominio capitalista. Por el contrario en una sociedad en que funcione realmente la autogestión, los conflictos podrán regularse en su mayoría por medio de tratados, por medio de discusiones en que se superen las diferencias o recurriendo a un arbitraje justo.

“Así, para la C.F.D.T., planificación y autogestión son indisolubles. Se puede decir que hay que autogestionar la planificación y planificar la autogestión”.

Autogestionar la planificación quiere decir, poner en marcha un Plan donde las decisiones se tomen democráticamente. Planificar la autogestión, es decir, coordinar las actividades de las diferentes células de la sociedad.

8

En las empresas autogestionadas ¿tendrá todavía razón de ser un sindicato?

Sobre la base de un sano realismo, la C.F.D.T., cree que en el socialismo la organización sindical debe conservar su derecho de contestación.

Esto es lo que expresaba el documento de orientación del Congreso de la C.F.D.T., en 1970.

“Cualquiera que sea el grado de democratización alcanzado en una empresa o en la economía, el sindicalismo conserva su autonomía en la función de contestación, de fuerza impulsora, de control contra lo arbitrario, de protección de los trabajadores. El sindicato continúa siendo una escuela de formación de los obreros, un lugar de elaboración de la crítica social, un motor de las transformaciones a operar o perfeccionar. Es decir, que la autonomía del sindicato y el reconocimiento de sus medios de acción, incluida la huelga, constituyen una necesidad y una garantía fundamental de la autogestión”.

— El sindicato, por otra parte, puede garantizar el que se tomen en cuenta los intereses de categorías sociales que tienen menos medios y posibilidades de hacerse oír que los demás (personas de edad, mutilados).

— El hecho de conservar la autonomía y poder de contestación del sindicato en el socialismo garantiza el proceso de construcción del socialismo. Se puede considerar que la contestación es, en efecto, uno de los barómetros del resultado y buen funcionamiento del socialismo.

Sin embargo, el marco en que asumirá su papel el sindicato será muy diferente, lo mismo que sus motivaciones de acción y lucha.

Un ejemplo solamente: actualmente la contestación y la lucha por mejorar las condiciones de trabajo va unida naturalmente a la lucha más fundamental que ataca a las causas, es decir al conjunto de la organización del trabajo capitalista. Actualmente, los trabajadores no tienen ningún poder y sólo por la relación de fuerza puede imponer soluciones que la mayoría de las veces duran poco.

En una sociedad socialista de autogestión, todo será muy diferente. En efecto ¿qué será entonces el sindicato? Solamente, en fin de cuentas, un medio de organización que se procuran los trabajadores. Si la autogestión está realmente en marcha, es decir, si los trabajadores tienen el poder, es imposible que puedan oponerse *fundamentalmente* a sí mismos.

El sindicato actuará entonces en el marco de la organización general de la sociedad aceptada en sus fundamentos. Se esforzará en desarrollarla, incluso en las luchas que mantenga. Luchará, si es necesario, para defenderla contra posibles vueltas hacia formas de sociedad capitalista.

Dará posibilidad a los trabajadores de formarse, reflexionar y hacer crítica social y elaborar sus orientaciones comunes.

Luchará contra las desviaciones. Por ejemplo, intervendrán para volver a dar a los trabajadores el poder real si éste les es confiscado por un grupo de tecnócratas.

Siempre habrá conflictos, hemos dicho. Pero habrá también, para resolverlos, medios muy diferentes de los que conocemos hasta ahora.

El funcionamiento de una empresa es complicado ¿No harán falta siempre jefes y especialistas para tomar decisiones y hacerlas ejecutar?

¿Son verdaderamente capaces los trabajadores de dirigir por sí mismos las empresas? ¿No pasarán el tiempo discutiendo, con pérdida para la producción?

Cuando no encuentran un argumento de más peso para criticar la idea de autogestión, los capitalistas, y algunos otros, desgraciadamente, dicen: eso no puede funcionar, los trabajadores son incapaces de hacerlo, la economía se hundirá por un exceso de palabrería que le paralizará.

A este argumento se pueden responder varias cosas.

Primeramente, la sociedad actual, la sociedad capitalista, ¿funciona tan bien como dicen? Cuando se profundiza un poco nos encontramos por todas partes gastos inútiles y extravagantes, vemos que los ministros de hacienda son incapaces de contener el alza de precios, nos encontramos con empresas que cierran a pesar de ser útiles y productivas, mientras otros negocios, completamente inútiles, hacen su agosto, ciudades gigantes donde no se puede circular, en fin, comprendemos que esta sociedad no marcha tan bien.

¿Qué trabajador, obrero, técnico, ingeniero, no se ha dado cuenta del sin sentido de muchas decisiones tomadas por su patrono? Sucede lo mismo a todos los niveles. Hay sólo un terreno en que esta sociedad, con buen tiempo o con mal tiempo es eficaz: en el de asegurar

las ganancias, en aumentar globalmente el capital. En lo demás, tiene fallos inquietantes, a pesar de todos sus brillantes "especialistas". Y por eso pensamos que no es tan difícil lograr cosas mejores.

"Pero los que detentan el poder hacen todo lo posible para persuadirnos de que las cosas no pueden ir mejor, que la organización actual de la sociedad es la única posible."

Existe un verdadero mito del especialista. Nos dicen: quien sabe, sabe. Los que saben deben mandar a los demás. Algunos ejemplos pueden demostrar como, a veces, la "especialidad" es solamente un medio de mantener la estructura jerárquica.

Hace poco los trabajadores de una empresa metalúrgica contaban que su contraamaestre justificaba su derecho a mandar por sus conocimientos matemáticos: había asistido a clases nocturnas, cosa que no habían hecho sus compañeros de taller. Pero, en su trabajo, esos conocimientos no le servían absolutamente de nada. Por lo tanto le habían dado esa formación solamente para justificar su papel de jefe.

En la sede de una gran empresa de la región parisiense, recientemente llegaron unos especialistas de una compañía dedicada a la organización para hacer reformas en ese campo. Les pagaban entre 4.000 y 9.000 francos al mes. Los representantes del personal en el comité de empresa tuvieron la curiosidad de leer sus informes. Había en ellas, es cierto, algunos consejos inteligentes que podían remediar defectos y gastos inútiles reales. Pero eran únicamente cosas de sentido común, que cualquiera hubiese podido decir con tal de ver las cosas con un poco de perspectiva.

No es que despreciemos los estudios y conocimientos. La formación general permite abordar con espíritu lógico los problemas de conjunto, es esencial para saber usar las informaciones que se reciben. Pero, actualmen-

te, esta formación está reservada a una minoría. Aprender a analizar un problema sistemáticamente se hace sólo en las escuelas de ingeniería.

Precisamente para mantener la jerarquía social se separa la formación general de la formación técnica. El sistema de enseñanza está controlado para que cada uno "permanezca en su puesto".

Al desarrollarse la autogestión tiene que desarrollarse paralelamente el derecho a la educación igual para todos. A una formación que prepare para participar en las decisiones colectivas.

Esto no quiere decir que haya que esperar años y años hasta que todo el mundo tenga su licenciatura en ciencias para poner en marcha la autogestión. ¿Qué militante sindical no se ha dado cuenta de que su capacidad de razonamiento, adquirida en la acción, inquieta a más de un patrón? Hay especialidades técnicas que requieren una larga preparación, pero la práctica es también un medio importante de formación. No existe la formación por un lado y por otro la práctica. Los trabajadores pueden formarse precisamente teniendo una experiencia de responsabilidad.

En el capitalismo esa experiencia de dirigir la sociedad puede ser solamente algo muy limitado. Pero después de la toma del poder se podrá hacer totalmente esa experiencia.

Aún hoy hay oficiales que saben más sobre el funcionamiento de una máquina que muchos ingenieros jóvenes, e incluso especialistas que, a pesar de la dependencia en que se les mantiene, son capaces de imaginar mejoras técnicas para el funcionamiento del taller o de la cadena. ¿Pero de qué les serviría decirlo si sólo va a servir para que aumenten los ritmos y no para disminuir la carga y duración del trabajo?

Esto explica el fracaso de los buzones de sugerencias en las empresas. Los trabajadores temen que sus inven-

tos se vuelvan contra ellos. O por lo menos que no van a sacar ningún provecho sino que la ganancia será siempre para otros.

Así se mata toda creatividad, toda capacidad de inventiva por los esquemas jerárquicos de decisión.

La eficacia de los ingenieros, organizadores y "especialistas" debería de consistir muchas veces en desarrollar y coordinar esa creatividad.

Para decidir, hay que estar informado. Actualmente las informaciones válidas son confiscadas por unos cuantos. Todo se discute y decide a puerta cerrada. Esto crea todavía mayores diferencias en la capacidad de decidir.

Todo el mundo no puede estar completamente informado de todo. Hay cuestiones técnicas que exigen conocimientos especializados. Pero se puede de todas formas tratar de dar una información honrada, que plantee claramente las cuestiones comprensibles.

Por ejemplo, no todo el mundo puede conocer a fondo los problemas de los transportes. Pero todo el mundo comprende que, en las ciudades, se puede favorecer más o menos los transportes públicos, o los coches privados. Si se plantea la cuestión con claridad, con las ventajas e inconvenientes de cada cosa, ¿por qué ha de dejarse la decisión a un pequeño número de "especialistas" sometidos a la presión de los intereses particulares?

El papel de los ingenieros, de los especialistas será de capital importancia en el funcionamiento de las empresas y en la preparación de las decisiones colectivas. Pero ya no será en virtud de una autoridad impuesta desde arriba. Actualmente las decisiones que tienen que aplicar sólo sirven a intereses que no son suyos y se toman en función de orientaciones de conjunto sobre las que no tienen nada que decir, como el resto de los asalariados. En una sociedad autogestionada encontrarán su verdadera dignidad, basada en la competencia.

En fin, la autogestión no consiste en preguntar su parecer a cada uno aislado en su rincón. Para elegir, hay que discutir.

Actualmente el que quiere pensar, informarse, confrontar sus ideas con las de los demás, tiene que hacerlo después del trabajo. Y cuando uno está cansado no es muy fácil hacerlo. "Por eso, si queremos que la autogestión sea real, tendrá que haber tiempo para ello en la misma empresa, dentro del tiempo de trabajo."

Todo esto llevará tiempo. Pero el que diga que será tiempo perdido, pobre opinión tiene de los trabajadores y de los hombres en general.

¿Se puede llegar de un golpe a la autogestión? ¿Tendrá que haber etapas?

La autogestión es inseparable de la propiedad social de los medios de producción e intercambio. Como no hay la más mínima probabilidad de que los propietarios capitalistas la regalen buenamente a los trabajadores, quiere decirse que éstos tienen que apoderarse del poder del Estado.

¿Cómo se hará esta toma del poder? Sin excluir la eventualidad de un cambio electoral, la C.F.D.T. dice que de todas formas las luchas sociales y la acción de masas serán decisivas. En efecto, no basta cambiar un gobierno por otro, sino que todo el poder en el funcionamiento de la sociedad y el Estado han de pasar a los trabajadores.

"Para realizar cambios profundos se necesita una acción consciente de los trabajadores y de la mayoría de la población."

Sin embargo, una vez tomado el aparato del Estado, la sociedad autogestionada no se realizará en un solo día, como a una señal. El peso de las estructuras capitalistas, las costumbres adquiridas, y, especialmente, los comportamientos jerárquicos milenarios, las formas de pensar ligadas a la sociedad basada en la ganancia, todo esto no puede desaparecer más que poco a poco. La acción de los trabajadores para imponer el socialismo será larga, aunque la ruptura política introducida por la toma del aparato estatal permitirá ciertos cambios inmediatos.

“La C.F.D.T. no piensa que todo pueda cambiar en un día, pero también cree que es malo el retrasar todas las cuestiones para el mañana o para más tarde.”

Por eso deben poner en marcha algunos objetivos significativos desde la conquista del aparato del Estado por una mayoría consciente unida en torno a un proyecto socialista:

1) “Socialización de los principales medios de producción y de intercambio”, en particular los sectores clave:

- establecimientos de crédito;
- grupos dominantes en cada rama;
- sectores estratégicos.

2) “Puesta en marcha de la gestión por los mismos interesados en los escalones descentralizados de las empresas ya socializadas, en las instituciones sociales (Seguridad Social, etc.)”.

La importancia del sector socializado debe ser suficiente para asegurar el cambio total de la relación de fuerzas y poder iniciar una nueva forma de desarrollo.

3) “Paso inmediato a la propiedad social y autogestión de los grandes medios de cultura, de informa-

ción y de formación”, medidas esenciales para reforzar el poder democrático de los trabajadores.

4) “Descentralización de los poderes económicos y políticos, especialmente al nivel de regiones.”

Para desarrollar concretamente el poder de los trabajadores y poner el aparato productivo al servicio del interés general, habrá que pensar en un sistema de confrontaciones, organizado al nivel de planes regionales o de instancias locales, entre las empresas, las comunas, servicios colectivos, instituciones sociales, etc.

5) “Control de las inversiones (incluso en las empresas todavía privadas)” para dar una nueva orientación al desarrollo económico y social.

6) “Reformas importantes en el terreno de la enseñanza” que ha de promover una educación de la libertad, del juicio crítico a través de confrontaciones de ideas, de teorías y de prácticas diversas.

7) “Reemplazo de las estructuras jerárquicas actuales por nuevos modos de organización” que vayan dando lugar a la autogestión. Por ejemplo:

- institución de consejos de taller, con poder sobre las condiciones y organización del trabajo en los talleres;
- reducción de la jerarquía de rentas (estatuto único, abolición del secreto de rentas),
- rotación de determinadas tareas de organización, que no necesitan competencia técnica;
- revaloración general del trabajo manual y rotación de algunas tareas muy penosas o degradantes.

Estos objetivos significativos, que se pondrán en marcha en una primera fase, indican en qué sentido hay que

avanzar, pero no impiden otras perspectivas. Abren el camino a transformaciones más profundas.

Permiten a los trabajadores hacer una primera experiencia del poder. Y a través de esa experiencia podrán modificarse progresivamente los comportamientos enraizados en el capitalismo. En la sociedad capitalista, todo favorece un cierto tipo de comportamientos: la forma de impartir los salarios desarrolla el individualismo y la filosofía del "cada uno para sí", con gran ganancia para los patronos. Los medios de información que están en su mayoría en manos de las potencias financieras o del poder político, condicionan las formas de pensar, etc.

La mayoría de los trabajadores, puesta en una situación de poder superior, podrá progresivamente criticar esos condicionamientos e instaurar el socialismo democrático. Al ejercer el poder en una empresa socializada cambiarán los comportamientos colectivos, dando lugar a un nuevo avance de la autogestión.

25 pts.